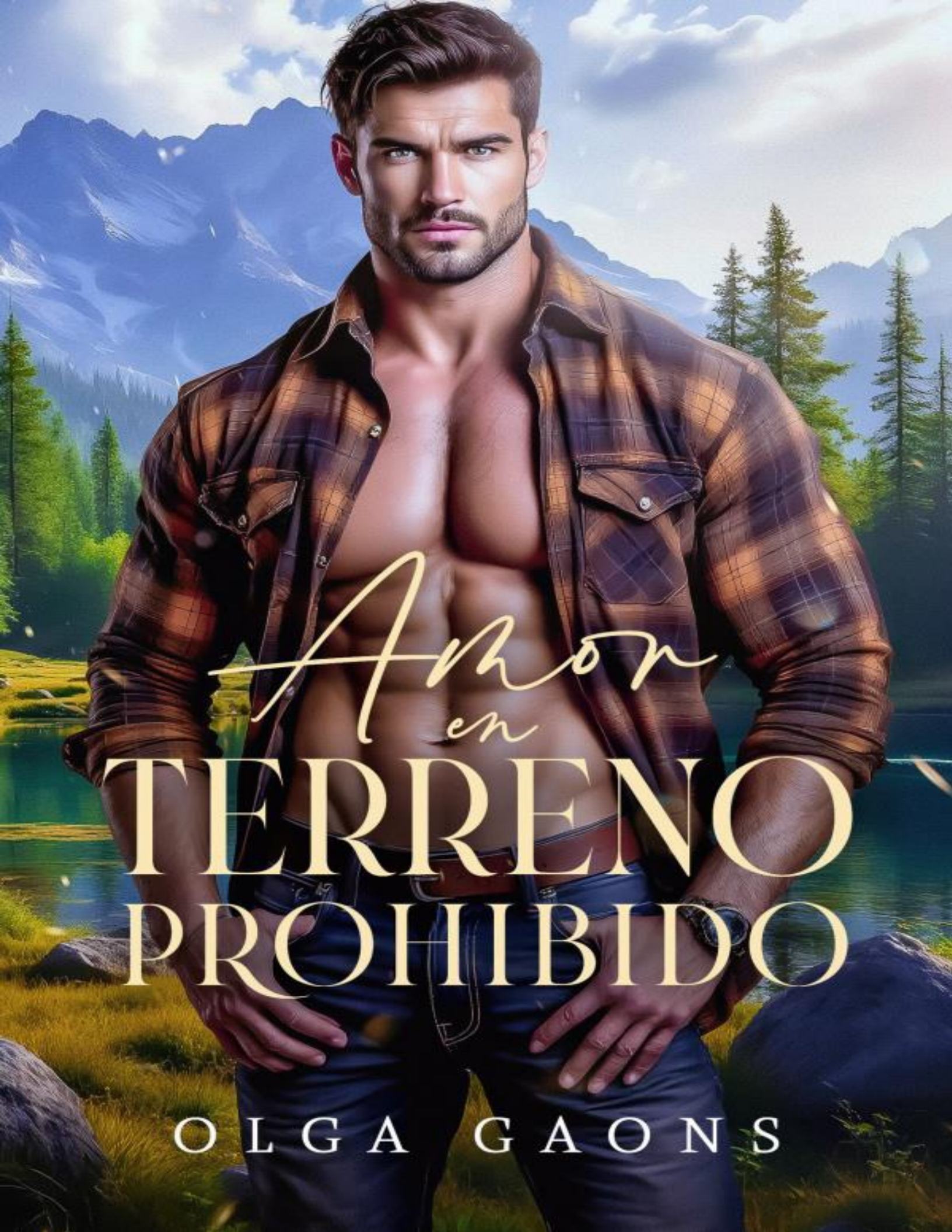

Amor en
TERRENO PROHIBIDO
OLGA GAONS

Amor en TERRENO PROHIBIDO

OLGA GAONS

Título: Amor en terreno prohibido.
Enero 2025, Paraguay
Autora: Olga Gaons

Todos los derechos reservados.

Dedicatoria

A mis amigas Pao y Pat por todo el apoyo brindado estos años de pura paciencia y risas.

A mi prometida Clau por leer el manuscrito y agregarle risas a esta historia.

A mis bebés Gaia, Drako y Perse por acompañarme valientemente en las madrugadas.

A las lectoras que buscan un amor bonito y sincero, Sam es todo de ustedes, no se lo digan a Emma.

Índice

Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19

Capítulo 1

El autobús dio un traqueteo final antes de detenerse en el pequeño pueblo de Billings estado de Montana, rodeado de montañas que se alzan majestuosas. Mientras miraba por la ventana recordaba todas las veces que había soñado con este lugar durante diez años, y como me había prometido a mí misma que jamás volvería. Pero ahí estaba, bajando del autobús como si nunca me hubiera ido, con la maleta a cuestas y los nervios acumulados de una década aplastando mi estómago.

Cerré los ojos por un segundo, dejando que el viento me despeinará el cabello y empujara el olor a pasto recién cortado hasta mis pulmones. Era tan familiar que por un instante, me sentí como una adolescente de nuevo.

Abrí los ojos y Billings estaba allí, igual que siempre. Las mismas calles polvorientas, las casas viejas con fachadas pintadas de colores que ahora parecían un poco más desgastadas, como si también hubieran envejecido desde que me fui. Las flores silvestres crecían entre las grietas de las aceras, y las cercas de madera que rodeaban los campos parecían al borde del colapso. Todo era igual, y a la vez, todo parecía diferente.

—¡Emma!

Una voz familiar interrumpió mis pensamientos. Giré la cabeza justo a tiempo para ver a Sharon correr hacia mí, su cabello rubio recogido en una trenza desordenada que había conocido días mejores. No pude evitar sonreír al verla, aunque algo en mí se revolvía. Sharon siempre había sido un torbellino de energía, y al parecer, eso no había cambiado.

—¡Sharon! —grité, soltando mi maleta y abriendo los brazos para recibir su abrazo.

Chocamos como dos trenes descarrilados, y casi me tira al suelo.

—Dios, Fischer, ¿quién diría que volverías? — me dijo mientras me estrujaba como si fuera un peluche—. ¿La gran chef Emma Fischer de vuelta en este agujero?

Solté una risa, pero por dentro, su pregunta me tenía un poco triste. La famosa chef Emma Fischer, esa era yo, ¿no? ¿Qué estaba haciendo aquí, entonces? Se suponía que debía estar en Nueva York, abriendo mi propia pastelería, no en el pueblucho que dejé atrás.

—Bueno, ya ves, ni los grandes sueños pueden escaparse del encanto de Billings — bromeé, intentando sonar casual.

Sharon me lanzó una mirada traviesa mientras tomaba mi maleta sin que se lo pidiera.

—Vamos, que te llevo a casa. Sabes que no puedes andar cargando estas maletas de ciudad por aquí. Te verían y pensarían que traes oro.

Asentí, dejándome llevar por el caos de Sharon y por el suave murmullo de las hojas de los árboles que bordeaban la calle. Caminamos en silencio un rato, aunque su silencio era extraño. Sharon nunca dejaba de hablar, y eso solo podía significar una cosa: tenía algo en mente.

—¿Entonces? —dije, rompiendo el silencio—. Suéltalo ya.

—¿Soltar qué? —dijo, fingiendo inocencia, pero su sonrisa me lo delataba.

—Lo que sea que estás muriéndote por decirme. Ya sabes que nunca fuiste buena para las sorpresas.

—Ah, bueno… —soltó una carcajada—. Sabía que no te ibas a creer el teatro. Solo estaba esperando el momento adecuado para preguntarte... ¿Ya te enteraste de lo de Sam?

El nombre de Sam Thornton me golpeó como una piedra en el estómago. Traté de mantener una expresión neutral, como si no me afectara en lo más mínimo, pero estaba segura de que Sharon podía ver a través de mí.

—¿Qué pasa con Sam? —pregunté, fingiendo un desinterés que ni yo me creía.

—Oh, nada... ya sabes, sigue siendo el mismo vaquero testarudo de siempre. Excepto que ahora parece haber mejorado con la edad, como el buen vino y está comprometido con Grace Evans … —agregó con una media sonrisa.

—¿La hija del Sheriff? —traté de sonar casual.

— La misma… no sé cómo pasó pero es eso amiga.

Me reí, aunque mi mente ya estaba trabajando horas extras. Sam Thornton. El chico que dejé atrás junto con este lugar, el que pensé que había olvidado, pero cuyo nombre hacía que mi corazón latiera como un tambor.

—¿Sam, estás segura? —traté de sonar casual—. Me había olvidado de él.

Sharon soltó una carcajada, su mirada llena de incredulidad.

—Claro, claro. Seguro que te olvidaste de él, igual que yo me olvidé de los chocolates.

Me quedé en silencio mientras caminábamos por el camino polvoriento hacia mi vieja casa. Sharon seguía hablando sobre cómo nada había cambiado en el pueblo, cómo la tienda de comestibles aún cerraba a las seis y cómo el bar seguía siendo el lugar de encuentro para los chismes locales. Yo, en cambio, estaba en otro lugar. Mi mente no podía dejar de regresar a Sam, al chico con quien había compartido tantos momentos. Nos habíamos prometido tantas cosas, sueños que luego parecieron insignificantes cuando me fui. Y ahora, estaba de vuelta en el mismo lugar donde esos sueños habían comenzado.

—¿Emma? —la voz de Sharon me sacó de mis pensamientos—. Llegamos.

Parpadeé, dándome cuenta de que estábamos frente a la casa de mi infancia. Era como la recordaba: blanca, con el porche medio torcido y las jardineras llenas de flores que mi madre siempre cuidaba. La casa parecía haber aguantado mejor el paso del tiempo que yo.

—Gracias por traerme, Sharon —dije, dándole un abrazo antes de que se fuera.

—Sabes que siempre estoy aquí para ti. Y oye, nos vemos esta noche en el bar, ¿no? —dijo mientras se alejaba—. ¡Vamos a celebrarlo como en los viejos tiempos!

Sonreí y asentí, aunque no estaba segura de querer celebraciones. Después de todo, volver a casa no era algo que sentía que valiera la pena festejar. Pero con Sharon, era mejor no discutir.

Me quedé en el porche por un momento, observando el jardín y recordando las tardes que pasé aquí, corriendo con Sam, jugando a ser adultos cuando solo éramos niños. El viento trajo el olor de los campos y el sonido lejano de las vacas. Todo en este lugar me recordaba a él, y no estaba lista para lidiar con eso.

Abrí la puerta y el crujido familiar me dio la bienvenida. La casa estaba vacía, mi madre no estaría de regreso hasta la noche, y por un segundo, me permití el lujo de sentarme en el sofá y simplemente respirar. Miré alrededor, la misma sala que había dejado hace tantos años, solo que ahora me sentía como una extraña en mi propio hogar.

Tomé mi teléfono y vi un mensaje de Sharon:

“Nos vemos a las 8. No te escondas.

¡Vamos a beber por el regreso de la chef estrella!”

Suspiré.

Sabía que no podría evitarlo. Si algo había aprendido de Sharon, era que nunca, jamás, te dejaba escapar de una fiesta, y menos cuando eras el centro de atención.

Más tarde esa noche, después de darme una ducha rápida y arreglarme lo suficiente para no parecer que acababa de bajar del autobús, salí de casa y caminé hacia el bar. El cielo estaba teñido de un color naranja oscuro, y las luces del pueblo parpadeaban a la distancia. El bar estaba en la esquina de la calle principal, igual que siempre. Desde afuera, podía escuchar las risas y el

bullicio que provenían de dentro, y por un momento, consideré darme la vuelta.

Pero no lo hice. Porque, como Sharon había dicho, no podía esconderme para siempre.

Entré y el olor a cerveza, tabaco y fritura me golpeó como una bofetada. Todo seguía igual: las mismas caras, la misma música country sonando de fondo, el mismo ambiente que me hizo querer salir corriendo de aquí hace años.

—¡Emma!

La voz de Sharon resonó por todo el bar y, antes de que pudiera hacer algo, ya me estaba arrastrando hacia una mesa llena de conocidos. Las bromas empezaron enseguida, preguntas sobre mi vida en la gran ciudad, mi éxito como chef, y cómo era posible que alguien de Billings pudiera triunfar allá afuera.

Me reí con ellos, aunque sentía el peso de las miradas en mí, algunas de pura curiosidad, otras llenas de lo que parecían ser viejos rencores. En un pueblo como este, nunca se olvida cuando alguien se va.

Justo cuando estaba empezando a relajarme, lo vi. Sam. De pie en la barra, con un vaso de whisky en la mano, su sombrero de vaquero inclinado hacia un lado, y esa expresión de indiferencia que me había vuelto loca en el pasado. Era imposible no notarlo, no con esa postura relajada, como si no le importara el mundo.

Y lo peor de todo: me estaba mirando.

El nudo en mi estómago volvió, esta vez con más fuerza. Traté de fingir que no lo había visto, pero su mirada era como un imán, atrayéndome. Me disculpé torpemente de la mesa y caminé hacia la barra, como si fuera lo más natural del mundo. Pero cada paso que daba, sentía su mirada clavada en mí.

Me detuve a un par de metros de él, fingiendo que revisaba el menú de bebidas.

—¿Volviste por el whisky o por algo más? — su voz sonaba igual que antes, profunda y con esa ironía característica.

Levanté la vista y lo vi más cerca de lo que esperaba. Su cabello castaño claro seguía igual de desordenado, y sus ojos oscuros parecían atravesarme, como si aún pudiera leer todos mis pensamientos. Me crucé de brazos, tratando de mantener la compostura.

—¿Te refieres a algo más como... tú? — respondí, alzando una ceja.

Él sonrió de lado, esa sonrisa que siempre me desarmaba.

—No, yo nunca me fui.

Nos quedamos en silencio, ambos sabiendo que había mucho más detrás de esas palabras, pero ninguno de los dos estaba listo para decirlo en voz alta.

—¿Cómo va la cosa con Grace? - dije intentando sonar casual.

— ¿Qué cosa, mi relación con Grace? - dijo Sam riendo.

— Sí, tu relación con ella.

Antes de escuchar una respuesta, Sharon me agarró del brazo y me llevó al otro lado del bar dónde estaban más conocidos, estuvieron llenándome de preguntas toda la noche y por el reojo alcancé a ver a Sam acompañado por Grace en la barra.

Capítulo 2

Me desperté con el canto de los gallos, algo que no escuchaba desde hacía ya años. Era extraño cómo los pequeños sonidos del campo, como el mugir distante de las vacas o el viento agitando los árboles, podían transportarme a otra época. Estiré los brazos, desperezándome lentamente, mientras mi mente comenzaba a recordar mis primeros días aquí, en Billings..

Todo era más simple entonces. Sam y yo habíamos sido inseparables, dos niños que se

conocieron en el primer día de escuela y que, desde entonces, decidieron que siempre estarían juntos. Me reí al pensar en cómo, con cinco años, ya habíamos hecho ese tipo de promesas de "mejores amigos por siempre", que en ese entonces parecían invencibles. Pero, claro, la vida tenía otros planes para nosotros.

Me levanté de la cama y abrí la ventana de la habitación que una vez fue mía. El aire fresco del campo me golpeó, y con él, una ráfaga de recuerdos. A lo lejos, podía ver el granero de los Thornton, el lugar donde pasé innumerables tardes jugando con Sam.

Sam Thornton.

Solo pensar en su nombre me hacía sentir mariposas, no, avispas y unas muy bulliciosas. Bajé las escaleras en silencio, encontrando a mi madre en la cocina, como siempre.

—Buenos días, cariño —dijo sin levantar la vista del café que estaba preparando—. ¿Dormiste bien?

—Sí, mamá —respondí, fingiendo normalidad mientras me servía un poco de café también—. ¿Te ayudo con algo?

—Oh, no es necesario. Hoy es un día tranquilo. Aunque... tal vez podrías llevarle unos bollos a los Thornton, como en los viejos tiempos. Estoy segura de que Sam apreciaría ver a una cara amiga.

Casi escupo el café al escuchar eso. Mi madre era astuta. Sabía lo que hacía, pero no podía negarme. De todos modos, no podía evitar verlo tarde o temprano, ¿verdad?

—Está bien —dije, suspirando—. ¿Todavía tienen gallinas? Me acuerdo que a Sam siempre le gustaba presumir de tener los huevos más frescos del pueblo.

—Claro que sí —respondió mi madre, riéndose—. Esas gallinas son prácticamente su orgullo y alegría al igual que los caballos de corrida.

Después de desayunar y ayudar a mi madre con algunas tareas, empaqué los bollos en una cesta, me armé de valor y salí hacia el rancho de los Thornton. Mientras caminaba por el sendero polvoriento, mi mente seguía vagando hacia el pasado. Sam y yo habíamos compartido tantas cosas. Siempre fue aventurero, arrastrándome a hacer locuras como cruzar el río a pie o trepar árboles imposibles. Nunca había tenido un momento aburrido con él, y por eso siempre me encantó estar a su lado.

Recuerdo un día en particular cuando teníamos ocho años. Era pleno verano y el calor abrasaba las calles, pero eso no nos detuvo. Estábamos en el río, con los pies chapoteando en el agua, mientras Sam intentaba pescar con las manos. Su cabello castaño claro estaba despeinado, como siempre, y su risa resonaba en todo el valle.

—¡Casi lo atrapo esta vez! —gritaba, zambulléndose en el agua como un delfín torpe.

Yo me quedaba en la orilla, riéndome cada vez que fallaba. Nunca lograba atrapar ningún pez, pero eso no lo desanimaba. Sam era de esos que nunca se rendían, aunque su persistencia a veces rozaba la terquedad.

—Vas a terminar ahogándote si sigues así —le dije, secándome una lágrima de risa—. Mejor deja de intentarlo.

—¡Nunca! —gritó desde el agua, levantando los brazos—. ¡Algún día, Emma Fischer, te demostraré que soy el mejor pescador de este pueblo!

Su cara de niño decidido me hacía reír más. A pesar de sus fracasos, siempre encontraba la manera de hacer que cada día fuera una aventura.

Pero entonces, las cosas cambiaron. Cuando cumplimos dieciocho, mi vida tomó otro rumbo. Fui aceptada en la prestigiosa escuela de repostería en la gran ciudad, New York, algo que siempre soñé. Sam, en cambio, se quedó en el pueblo, cuidando del rancho familiar. La

despedida fue difícil, aunque en ese momento no pensé que nuestra separación sería tan definitiva.

La última noche antes de irme, nos sentamos junto al río, como solíamos hacer de niños, solo que esta vez, el ambiente era diferente. El aire estaba cargado, lleno de palabras no dichas y emociones reprimidas.

—Así que te vas mañana —dijo él, su voz sonaba más seria de lo que jamás había escuchado.

—Sí, Sam —respondí, mirando mis manos—. Es lo que siempre soñé, lo sabes.

Sam no dijo nada al principio. Se quedó mirando el agua, pero finalmente, habló, y sus palabras me sorprendieron.

—¿Y qué pasa con nosotros, Emma?

Nosotros.

Esa palabra me dejó sin aliento. Siempre habíamos sido amigos, ¿verdad? Pero en ese momento, supe que él había estado esperando algo más. Algo que yo no estaba lista para darle.

—Sam... —comencé, pero no supe qué decir.

—No importa —me interrumpió—. Solo... haz lo que tengas que hacer. Yo estaré bien.

Ese fue el último recuerdo que tengo de él antes de irme. Nunca volví a escribirle, y él tampoco a mí.

Cuando supe la triste noticia de Adrían, su padre sentí mucho dolor, le había escrito una carta con mis pésames, quería correr hacia él, quería que supiera que lo estaba acompañando en su dolor, las cosas en la gran ciudad no estaban yendo muy bien, sentía que no podría cumplir mis sueños y mi corazón se hacía pedazos al no poder estar al lado de Sam en este momento tan doloroso.

Su padre me había enseñado de la vida, de cómo se veían las hojas de las zanahorias listas para cosecharse, era fan de los bollos que hacía, nos acompañó cuando mi abuelo murió, no nos dejó solas y eso era algo que no podría pagarlo nunca.

Mis pensamientos fueron interrumpidos cuando llegué al rancho de los Thornton. Todo seguía igual: el granero rojo, el porche desgastado por el sol, y ese aire campestre que impregnaba todo. No había cambiado nada, pero al mismo tiempo, todo era diferente.

Antes de que pudiera tocar la puerta, escuché una voz familiar.

—¿Emma?

Me giré y allí estaba él, más alto, más musculoso, con una barba ligera que le daba un aire aún más rudo. Llevaba su clásico sombrero de vaquero y sus ojos oscuros me miraban con una mezcla de sorpresa y algo más... algo que no podía definir.

—Hola, Sam —dije, tratando de mantener la calma.

El silencio se extendió entre nosotros. ¿Qué se suponía que debía decir después de diez años sin contacto y una triste media charla en el bar?

—Traje unos bollos —dije finalmente, levantando la cesta como si fuera un escudo.

Sam soltó una risa suave, esa risa que recordaba tan bien.

—Mi mamá tenía razón. Sabía que vendrías tarde o temprano —dijo, acercándose—. Ven, entra. No muerdo.

Lo seguí dentro de la casa, y mientras caminaba detrás de él, no pude evitar notar cómo todo en él había cambiado. Ya no era el niño torpe que intentaba pescar con las manos, ni el joven inseguro por su peso que me había pedido quedarme en Billings. Este Sam era un hombre, uno que parecía haber enfrentado sus propias batallas. Y de alguna manera, eso me intimidaba.

Nos sentamos en la cocina, y mientras él preparaba café, no pude evitar sonreír ante la ironía. La última vez que estuvimos juntos en esta cocina, éramos dos adolescentes planeando nuestras

aventuras por el pueblo. Ahora, éramos dos adultos, cada uno con su propia vida.

—Así que, ¿volviste para quedarte? —preguntó Sam, rompiendo el silencio.

—Sí, más o menos —respondí, jugueteando con el asa de la taza—. Voy a abrir una pastelería aquí.

—¿Pastelería? —preguntó con una sonrisa, mirándome a los ojos—. ¿Así que te convertiste en la gran chef que siempre dijiste que serías?

Me reí, encogiéndome de hombros.

—Supongo que sí. Pero no me llames "gran chef". Apenas estoy empezando.

Sam asintió, tomando un sorbo de su café. Había algo en su expresión, una calma que no había visto antes

—Me alegra verte de vuelta, Emma —dijo finalmente—. Aunque debo admitir que nunca pensé que volverías.

Bajé la mirada, sin saber qué responder a eso. La verdad era que tampoco había planeado volver, pero algo me había arrastrado de vuelta a este lugar. Algo que, tal vez, tenía que ver con él.

—Tampoco lo pensé —admití—. Pero aquí estoy y dime, ¿estás comprometido con Grace?

—Sí, te lo contó Sharon? — dijo dandole un sorbo a su café.

Asentí.

Y allí, en esa pequeña cocina, con el aroma de los bollos caseros y el café llenando el aire.

Capítulo 3

El mercado de Billings siempre había sido el mismo, un refugio de rutina en un mundo que parecía estar en constante cambio. Los colores vivos de las frutas relucían bajo el sol de la tarde, las verduras frescas se amontonaban como piezas de un rompecabezas, y las voces del pueblo creaban un murmullo cálido que envolvía el aire. A pesar de esa familiaridad, todo en mí se sentía diferente. Era como si el lugar me devolviera una versión de mí misma que ya no existía.

Empujé mi carrito por los pasillos, llenándolo con harina, azúcar y algunos ingredientes frescos para la pastelería. Podía imaginar las bandejas de pasteles y tartas listas en la vitrina, cada una contando su propia historia de sabor. Al llegar a las frutas, una pila de naranjas captó mi atención, y una sonrisa se coló en mis labios al recordar los pasteles de naranja glaseada de mi madre. Casi podía oír su risa mientras me apartaba de las cáscaras confitadas que intentaba robarle.

Me incliné para elegir las más brillantes cuando una voz profunda rompió el hechizo.

—Emma.

El sonido de mi nombre fue un golpe directo al corazón. No tuve que girarme para saber quién era. La certeza me recorrió como un escalofrío, y por un momento, quise desaparecer entre los montones de frutas. Pero respiré hondo y me obligué a darme la vuelta.

Y ahí estaba él: Sam Thornton.

Llevaba una camisa de franela azul gastada, su sombrero de vaquero ligeramente inclinado y una sonrisa que parecía haberse quedado atrapada en los años que llevábamos sin vernos. Su figura llenaba el pasillo, y la luz del mercado se colaba entre las sombras, dibujando cada línea de su rostro curtido por el sol.

—¿Me estás siguiendo, Sam? —pregunté, buscando que mi tono sonara ligero y no delatara el torbellino que sentía dentro.

Él soltó una pequeña risa, inclinándose casualmente contra un poste.

—No puedo seguirte si no te mueves —respondió con ese toque de sarcasmo juguetón que

siempre había sido su sello. Sus ojos se clavaron en los míos, cargados de una intensidad que hizo que mi corazón se acelerara.

Intenté enfocarme en las naranjas, como si fueran la solución a todos mis problemas.

—Estoy comprando para la pastelería —dije, mostrando el carrito—. Un pastel de naranja para la inauguración.

—Ah, ya veo. — Su mirada se suavizó un poco, pero algo en su postura seguía siendo un misterio —. ¿Sigues siendo buena defendiendo tus recetas como cuando jugábamos de niños?

Solté una risa sin querer, recordando todas las veces que terminábamos discutiendo sobre quién ganaba en nuestras competiciones infantiles.

—Me defiendo, Sam. Y esta vez no me vas a ganar.

Sus labios se curvaron en una sonrisa, pero antes de que pudiera responder, algo cambió en sus ojos, como si recordara por qué todo era diferente ahora.

—Te veo en la inauguración —dijo finalmente, con un tono que parecía más una promesa que un comentario casual.

Y, con una inclinación de su sombrero, se fue, dejando en el aire su esencia inconfundible de cuero, madera y recuerdos.

Me quedé allí, mirando el pasillo vacío, sintiendo que todo lo que había pasado entre nosotros estaba atrapado en ese instante. El mercado se desvaneció a mi alrededor, y me apoyé en el carrito, tratando de recordar cómo se respiraba normalmente.

La llegada a la pastelería al día siguiente no fue menos caótica. Las bandejas de galletas y los cupcakes recién decorados llenaban el lugar, el aroma a vainilla y limón me envolvía, y por un momento, todo parecía estar en su sitio. Hasta que la campanilla de la puerta rompió el hechizo.

Levanté la vista, y ahí estaba de nuevo.

Sam.

—Solo vine a ver cómo te va —dijo con su tono despreocupado, caminando con pasos lentos por la tienda, sus ojos explorando cada rincón.

—Va bien —respondí, aunque mi voz salió más temblorosa de lo que quería.

Él se detuvo frente al mostrador, apoyando un brazo en él como si tuviera todo el tiempo del mundo.

—Siempre supe que harías esto —dijo, su mirada fijándose en mí de una manera que hizo que el aire entre nosotros pareciera vibrar—. Aunque creo que el pueblo aún no está listo para una Emma con sueños tan grandes.

Mis labios se separaron para responder, pero no encontré las palabras. Algo en su tono, en sus palabras, me dejó sin defensas.

Él sonrió, esa sonrisa torcida que siempre había sido su arma más peligrosa.

—Dame cuatro cupcakes. Tengo que probarlos antes de que todos en Billings hablen de ellos.

Mientras los empaquetaba, no pude evitar mirarlo de reojo. Cuando tomó la bolsa, nuestras manos se rozaron, y fue como si una chispa hubiera saltado entre nosotros.

—Nos vemos, Emma —dijo, y con un último vistazo cargado de significado, salió de la tienda.

Me quedé allí, con el corazón latiendo como loco y un millón de preguntas en la cabeza.

Capítulo 4

No había pasado ni una semana desde mi regreso al pueblo, y ya me había topado con Sam cuatro veces. Era como si el destino, o tal vez la pura mala suerte, se empeñara en cruzarnos constantemente. Intentaba centrarme en la apertura de mi pastelería, hundiéndome en la limpieza,

las recetas y la organización. Sin embargo, al caer la noche, cuando el silencio lo invadía todo, mi mente no podía evitar divagar hacia él. Era frustrante.

Sharon, mi amiga de toda la vida, lo notó de inmediato. Siempre había tenido ese don para leerme como un libro abierto.

— Mañana por la noche hay una fiesta en el pueblo — me dijo mientras ayudaba a hornear unos pasteles de prueba — Todos estarán allí. Creo que deberías venir.

Sabía a dónde quería llegar. Sharon siempre había sido la mediadora entre Sam y yo, la que intentaba tender puentes aunque las aguas entre nosotros estuvieran revueltas.

— No estoy segura, Sharon — respondí, removiendo un glaseado con más fuerza de la necesaria — Apenas estoy instalándome.

— Exactamente por eso deberías ir. Una noche fuera no te matará. Además, ¿quién sabe? Podrías reconectar con ciertas personas.

Le lancé una mirada de advertencia, pero Sharon solo sonrió con ese aire travieso suyo.

— Está bien — dije finalmente, rindiéndome con un suspiro — Iré.

La noche llegó más rápido de lo esperado. Sharon me recogió puntual y, mientras nos dirigíamos al evento, mi mente no podía dejar de pensar en la posibilidad de encontrarme con él. Cuando llegamos, el lugar era una explosión de risas, luces colgantes y música en vivo. Las mesas estaban llenas de comida, y el aire olía a costillas asadas y postres sureños. A simple vista, parecía una escena sacada de un cuento.

Sharon me llevó entre la multitud, saludando a todos, asegurándose de que no tuviera tiempo para pensar demasiado. Pero sabía que tarde o temprano vería a Sam. Y tenía razón.

Ahí estaba, apoyado contra una cerca, su sombrero de vaquero ladeado y una sonrisa fácil mientras hablaba con un grupo de amigos. Parecía tan relajado, como si nada pudiera perturbarlo. Pero cuando sus ojos me encontraron, su expresión cambió. Un destello de algo que no pude identificar pasó por su rostro antes de que volviera a su actitud despreocupada.

Y no era él el único que me observaba. Grace, su novia y la hija del sheriff, me estaba fulminando con la mirada desde el otro extremo de la pista de baile. Su postura rígida y sus labios apretados dejaban claro que no le agradaba verme allí.

Intenté ignorarla y centrarme en disfrutar, pero Sharon no me dejó escapar tan fácilmente.

— ¡Vamos! — me empujó hacia la pista de baile justo cuando la banda comenzó a tocar una canción lenta — Si no bailas, al menos intenta disfrutar la noche.

— ¡Sharon! — protesté, pero ella ya se había perdido entre la multitud.

Me quedé ahí, con las manos cruzadas, sintiéndome como un pez fuera del agua, cuando de repente escuché una voz familiar detrás de mí.

— Emma.

Me giré, y Sam estaba ahí. Su presencia era abrumadora, su mirada fija en mí como si nadie más existiera.

— ¿Bailas? — preguntó con ese tono bajo que parecía vibrar en el aire entre nosotros.

Antes de que pudiera responder, alguien más intervino.

— ¿En serio, Sam? — La voz de Grace cortó el momento como un cuchillo. Apareció a su lado, con una sonrisa que no llegaba a sus ojos — ¿No crees que ya has tenido suficiente diversión por hoy?

Sam suspiró, pasándose una mano por el cabello bajo el sombrero.

— Grace, no hagas esto.

— ¿Hacer qué? — preguntó ella, su tono azucarado pero cargado de veneno — Solo quiero asegurarme de que todos sepan dónde están parados.

Quise desaparecer, pero Sam me miró directamente, ignorando la escena que Grace estaba montando.

— Emma, ¿quieres bailar o no? — preguntó de nuevo, su voz más firme esta vez.

Mi corazón latía como un tambor, pero asentí. Grace chasqueó la lengua con incredulidad, cruzándose de brazos mientras nos veía alejarnos.

— Esto no ha terminado, Sam — murmuró detrás de nosotros, pero él ni siquiera volteó.

En el centro de la pista, todo se volvió borroso. Sam colocó una mano en mi cintura, guiándome con una familiaridad que no había cambiado en todos estos años.

— Lo siento por eso — susurró, acercándose un poco más.

— No pasa nada — mentí, aunque mi piel ardía donde me tocaba.

La música nos envolvía, y por un momento, parecía que el mundo desaparecía. Bailar con Sam era como volver a una época más sencilla, una en la que nuestras vidas no estaban llenas de complicaciones. Pero ahora, la tensión era distinta, más profunda. Y aunque trataba de mantenerme fría la manera en que sus dedos rozaban los míos, hicieron que todo lo demás desapareciera. El mundo se redujo a nosotros dos, moviéndonos lentamente al ritmo de la música.

Cuando la canción terminó, nos detuvimos, pero Sam no soltó mi mano de inmediato. Nuestros ojos se encontraron de nuevo, y por un momento, creí que iba a decir algo, pero en lugar de eso, simplemente se inclinó hacia mí, su rostro a pocos centímetros del mío, y susurró:

— Siempre supe que volverías.

Me quedé inmóvil, mi corazón latiendo con fuerza. Sam soltó mi mano lentamente y se dio la vuelta, dejándome ahí, confundida y con una mezcla de emociones que no sabía cómo manejar para calmar a Grace llevándola fuera de la fiesta.

Esto era muy injusto para mí, para él y para nosotros.

Capítulo 5

Los días después del baile fueron un torbellino de pensamientos enredados y trabajo agotador. La pastelería estaba a punto de abrir, y cualquier persona sensata habría estado concentrada en decorar cupcakes y asegurarse de que la vitrina brillará como una estrella de Pop. Pero yo no era una persona sensata. Mi cerebro estaba atrapado en un bucle: Sam, el baile, sus palabras… y el caos emocional que había dejado tras de sí.

Intenté enfocarme. Decoré cupcakes hasta que el glaseado empezó a parecerme aburrido, cambié la posición de las mesas tres veces y hasta tuve un enfrentamiento épico con una tira de luces navideñas que insistía en enredarse. Pero nada me distraía de las palabras de Jake y las preguntas que habían quedado flotando como un mal presagio.

Era casi de noche cuando escuché el crujido de pasos afuera. El reloj marcaba las ocho y el cielo, teñido de azul profundo, estaba salpicado de estrellas. Me asomé por la ventana y lo vi. Sam.

Su figura alta y su sombrero de vaquero lo hacían parecer sacado de un póster de película, pero la tensión en sus hombros arruinaba el efecto. Algo no estaba bien. Mi cerebro gritaba: *"¡No abras la puerta, Emma! ¡Todavía no tienes un plan para manejar esto!"*

Pero mis pies tenían otras ideas.

— ¿Sam? — dije, abriendo la puerta con más nervios que seguridad.

Él levantó la mirada, y mi nombre en sus labios fue suficiente para que mi corazón diera un salto mortal.

— Emma.

Había algo diferente en sus ojos, algo que no había visto antes. Vulnerabilidad. Arrepentimiento. Un destello de... ¿miedo?

— ¿Quieres pasar? — ofrecí, sintiendo que estaba fallando en sonar casual.

Él negó con la cabeza y dio un paso hacia mí, lo suficiente para que el aroma a cuero y campo me envolviera.

— Necesito hablar contigo. No puedo seguir esquivándolo.

Asentí, tragando el nudo que se formaba en mi garganta, y cerré la puerta tras de mí. Afuera, la noche era tan silenciosa que parecía que el universo había decidido quedarse a escuchar.

— Jake vino hoy — dije finalmente, rompiendo el hielo.

Sam suspiró y se quitó el sombrero, pasándose una mano por el cabello despeinado.

— ¿Qué te dijo?

— Lo suficiente como para saber que hay cosas que no me has contado.

Sus ojos se oscurecieron, y su mandíbula se tensó, Jake era su hermano menor, siempre nos habíamos llevado muy bien. Por un segundo, pensé que se daría la vuelta y se marcharía, pero en lugar de eso, habló:

— Jake no tenía derecho, pero no estaba equivocado. Hay cosas que no te he dicho. No porque no quiera, sino porque no sabía cómo hacerlo.

Justo cuando iba a responder, una voz cortó el momento como un cuchillo afilado.

— ¡Sam! ¿Qué estás haciendo aquí?

Me giré hacia la voz y vi a Grace. Su andar decidido y su mirada afilada me hicieron desear ser un cupcake invisible.

— Grace, no es lo que piensas — dijo Sam rápidamente, levantando las manos como si estuviera negociando con una fiera.

— ¿No? — respondió ella, cruzando los brazos con una sonrisa cargada de sarcasmo — Porque desde aquí parece que estás teniendo una charla íntima con alguien que no soy yo.

Quise excusarme, pero antes de que pudiera moverme, Sam dio un paso adelante.

— Grace, esto no tiene nada que ver contigo ni conmigo. Es algo que necesito arreglar con Emma, algo del pasado.

— ¿Del pasado? — repitió ella, con una risa amarga — ¿Eso es lo que soy para ti, Sam? ¿Un consuelo mientras resuelves tu pasado?

El silencio que siguió fue tan incómodo que me dieron ganas de cavar un hoyo en la tierra y desaparecer. Finalmente, Grace soltó un bufido y se dio la vuelta.

— Espero que valga la pena, Sam — dijo, antes de marcharse con pasos decididos.

Cuando el eco de sus tacones se desvaneció, quedamos Sam y yo, atrapados en una burbuja de incomodidad.

— Lo siento — murmuró él, rascándose la nuca — Esto no salió como esperaba.

— No tienes que disculparte — respondí, aunque mi voz salió más débil de lo que quería — Pero si vamos a seguir con esto, lo que sea que sea, necesitas decidir qué es lo que realmente quieres.

Él me miró entonces, y por primera vez, vi algo parecido a la resolución en sus ojos.

— Eso es justo lo que estoy intentando averiguar, Emma. Por eso estoy aquí.

Antes de que pudiera responder, Sam dio un paso más cerca, y el peso de su mirada hizo que todo lo demás desapareciera. El aire parecía cargado de electricidad, como si el universo estuviera esperando el siguiente movimiento.

— Emma, nunca quise arrastrarte a esto. Pero la verdad es que tú… — se interrumpió, soltando un suspiro que parecía llevarse una parte de su alma — Siempre has sido diferente para

mí.

Mi corazón tamborileaba con fuerza, pero no iba a dejar que sus palabras me atraparan sin más. No después de todo.

— ¿Diferente cómo, Sam? — pregunté, tratando de mantener la calma mientras mi cabeza gritaba mil cosas al mismo tiempo.

— Diferente a cualquiera. Tú no solo estuviste en mi vida, Emma. Dejaste una marca. Y por más que intenté seguir adelante, nunca desapareció.

Sus palabras cayeron como una bomba, y por un momento, no supe qué decir. Justo cuando mi cerebro empezaba a procesarlas, él tomó mi mano, sus dedos cálidos y firmes contra los míos.

— Sé que no puedo arreglar el pasado. No puedo cambiar las decisiones que tomé o las cosas que oculté. Pero estoy aquí porque no quiero que sigas siendo una pregunta sin respuesta en mi vida.

Mis ojos se llenaron de lágrimas, y odié lo vulnerable que me sentía en ese instante. Pero antes de que pudiera decidir si debía responder o soltarme de su agarre, Sam se inclinó un poco más, como si estuviera esperando mi reacción.

— Dame una oportunidad para explicarlo todo — murmuró, su voz apenas un susurro — Una última oportunidad, Emma.

No sabía si era el peso de sus palabras o el brillo de sus ojos bajo la luz de las estrellas, pero algo dentro de mí se rindió un poco.

Capítulo 6

El mundo parecía detenerse, pero no del todo. Las palabras de Sam seguían resonando en mi cabeza, como si estuvieran destinadas a quedarse ahí para siempre. Sus ojos oscuros, sinceros y tan intensos que casi me daban miedo, me miraban como si yo fuera la respuesta a todas las preguntas que nunca se había atrevido a hacer.

Y justo cuando parecía que la tensión podía romperse en algo significativo — quizá una confesión más profunda o, quién sabe, un beso — un ladrido distante de un perro cortó el momento como una película mal editada.

— Perfecto — murmuré, cruzándome de brazos mientras miraba al horizonte — Hasta los perros quieren opinar.

Sam se rió por lo bajo, esa risa suave y profunda que siempre hacía que mi corazón saltara como una niña en un trampolín.

— Tal vez el universo trata de decirnos algo — dijo él, dando un paso atrás, respetando mi espacio pero con una mirada que dejaba claro que no iba a ceder tan fácilmente.

Cerré la tienda con un movimiento más brusco de lo necesario, tratando de ordenar mis pensamientos, y pronto estábamos en su camioneta azul noche. Por supuesto, todo estaba impecablemente limpio, con un olor a limón que parecía gritar:

"Hola, soy un hombre que tiene su vida perfectamente ordenada. ¿Y tú?".

El silencio en el trayecto era incómodamente cómodo, como esos momentos en los que sabes que algo importante está por decirse, pero ninguno se atreve a ser el primero en hablar. Hasta que finalmente lo hice.

— Sam… — mi voz sonaba tan tímida que casi no la reconocí — Esto no está bien. No me gusta estar en medio de algo. Grace no se lo merece… y yo tampoco.

Sam soltó un largo suspiro mientras sus dedos tamborileaban contra el volante, un tic nervioso que recordaba de cuando éramos niños y él trataba de explicarle a su mamá por qué había roto otro vaso de la casa.

— Emma, lo sé. Y no quiero lastimarte, ni a ella. Pero… necesito saber qué sientes tú. Lo que sea, lo entenderé.

Giré la cabeza para mirarlo, pero él seguía concentrado en la carretera, su perfil iluminado por las luces de la calle.

— Te he amado desde que éramos niños — soltó, de golpe, como si temiera no tener otra oportunidad para decirlo — Y cuando te fuiste… pensé que eso era todo para nosotros. Pero ahora que estás aquí, no puedo seguir fingiendo que no siento lo que siento.

Tragué saliva. Sus palabras eran demasiado, y a la vez, todo lo que siempre había querido escuchar. Pero no podía simplemente saltar al abismo sin mirar hacia abajo.

— No es tan fácil, Sam — dije, desviando la mirada hacia la ventana — La vida no es como esos veranos que solíamos compartir. Yo he cambiado. Tú también has cambiado.

Él asintió, como si ya hubiera esperado esa respuesta.

— Tienes razón. Pero nada que valga la pena es fácil. No te estoy pidiendo que decidas ahora. Solo quiero que sepas que estoy aquí. Y que siempre lo estaré.

El aire frío de la noche se colaba por la ventana, haciéndome estremecer. Sam, siempre el caballero, se quitó su chaqueta y la colocó sobre mis hombros antes de que pudiera protestar.

— Gracias — murmuré, sintiendo el calor de la tela y algo más profundo que no podía nombrar.

Él sonrió, esa sonrisa pequeña y cálida que siempre me hacía sentir como si el mundo pudiera ser un lugar mejor.

— Emma… si te quedas, ¿crees que podríamos intentar ser nosotros otra vez? — preguntó con una voz tan suave que casi me rompió por completo.

Me quedé en silencio, mi mente trabajando a toda velocidad mientras mi corazón corría una carrera completamente diferente. No tenía idea de cómo responder. La verdad era que mi regreso no había sido solo por la pastelería, ni por los recuerdos. Había algo más que me había traído de vuelta. Algo que ahora tenía un nombre: Sam.

— No lo sé, Sam. Necesito tiempo. Necesito entenderme a mí misma antes de darte una respuesta — respondí finalmente, mi voz temblando mientras las lágrimas se acumulaban en mis ojos.

Él asintió, con esa expresión seria y decidida que siempre parecía decir:

“No importa lo que pase, todo estará bien”.

— Te daré todo el tiempo que necesites. Solo prométeme una cosa: no vuelvas a huir.

No respondí de inmediato. Sus palabras me dejaron clavada en el asiento, luchando contra una mezcla de emociones. Finalmente, lo miré y asentí.

— No voy a huir. No esta vez.

La sonrisa que apareció en su rostro fue pequeña, pero auténtica, y en ese instante, algo dentro de mí supo que había hecho una promesa que cambiaría todo.

Esa noche, mientras caminaba hacia mi casa con su chaqueta todavía sobre mis hombros y su olor envolviéndome, me di cuenta de que estaba exactamente donde debía estar.

Llegué a casa en completo silencio, el único sonido era el crujir de la grava bajo mis botas y el suave vaivén de la chaqueta de Sam sobre mis hombros. Una parte de mí quería quitármela y dejarla en la camioneta como un gesto simbólico, pero el resto de mí estaba demasiado absorto en la sensación de su peso. Era ridículo, pero se sentía como un escudo, algo que me protegía del caos que tenía en la cabeza.

Al entrar, mi gato, Muffin, corrió hacia mí como si no me hubiera visto en semanas. Maulló con una intensidad tan exagerada que tuve que reírme.

— Tranquilo, Muffin. No es como si hubiera desaparecido — le dije, agachándome para acariciarlo. Aunque claro, considerando mi historial, el pobre gato probablemente tenía sus dudas.

Solté un suspiro mientras me dejaba caer en el sillón, todavía envuelta en la chaqueta de Sam. Era tarde, pero el cansancio no me impedía repasar una y otra vez cada palabra que había dicho.

¿Desde que éramos niños? ¿En serio? ¿Y por qué lo decía como si fuera la cosa más natural del mundo?

Me llevé las manos al rostro, intentando apagar el torbellino de pensamientos. Pero entonces lo vi: una nota asomándose por el bolsillo de la chaqueta.

Fruncí el ceño mientras la sacaba. Era un trozo de papel doblado cuidadosamente, con una caligrafía que reconocí al instante. La letra de Sam, inclinada y un poco apretada, como si siempre escribiera con demasiada prisa.

"Emma,
Sé que no es justo cargarte con mis sentimientos cuando estás lidiando con los tuyos, pero necesitaba decírtelo. Durante años he intentado olvidarte, convencerme de que era mejor así. Pero cuando te vi otra vez, supe que no había funcionado. No espero que sientas lo mismo ni que tomes una decisión de inmediato. Solo quería que lo supieras. Tal vez suene cursi, pero has sido el hogar que nunca dejé de buscar.
— Sam."

Me quedé mirando la nota como si fuera una especie de broma cósmica. ¿Cómo se suponía que debía procesar algo así? Cerré los ojos y dejé caer la cabeza hacia atrás en el sillón, el papel todavía en mis manos.

Muffin, por supuesto, aprovechó la oportunidad para subirse a mi regazo, lanzándome una mirada de gato sabio que parecía decir:

"Amiga, necesitas terapia".

—¿Qué opinas tú, Muffin? — le pregunté, sosteniendo la nota frente a él como si pudiera leerla.

Muffin maulló en respuesta y luego empezó a lamerse la pata, completamente desinteresado. Bien, al menos uno de nosotros no estaba al borde de un colapso emocional.

Decidí que era mejor no pensar demasiado en ello… por ahora. Me levanté, dejé la chaqueta cuidadosamente doblada sobre una silla y guardé la nota en el cajón de mi escritorio, como si esconderla pudiera aliviar algo de la presión en mi pecho.

Pero incluso después de apagar las luces y meterme en la cama, sus palabras seguían repitiéndose en mi cabeza, como una canción que no podía quitarme de encima:

Has sido el hogar que nunca dejé de buscar.

Esa noche, soñé con los veranos que habíamos compartido de niños. Los campos dorados, el sonido de nuestras risas mezclándose con el viento, y Sam, siempre Sam, corriendo junto a mí como si no existiera un mañana.

Pero lo que más me sorprendió fue que, al despertar, no sentí nostalgia ni tristeza. Por primera vez en mucho tiempo, sentí algo parecido a la esperanza como cuando encontré a Muffin.

Era una noche helada en Nueva York, de esas en las que el viento te cala hasta los huesos y no puedes evitar maldecir en voz baja por no haberte abrigado mejor. Mis botas estaban empapadas, y la sensación de los calcetines mojados contra mis pies me ponía de peor humor. Caminaba rápido, deseando llegar a mi diminuto departamento, encender la calefacción y tomar una taza de chocolate caliente.

Fue entonces cuando lo escuché.

Un maullido. Suave, casi imperceptible, pero lleno de algo que no pude ignorar. Me detuve en seco, ajustando el bolso en mi hombro, y miré a mi alrededor.

—¿Hola? — pregunté, como si esperara que el gato contestara.

El sonido volvió, un poco más fuerte esta vez, pero igualmente frágil. Venía de un callejón oscuro, de esos que mi madre siempre decía que evitara. Mi instinto me gritaba que siguiera caminando, que no me metiera en problemas, pero algo en ese maullido me atravesó.

Saqué mi teléfono, encendí la linterna y me adentré, esquivando bolsas de basura y cajas apiladas. Fue entonces cuando lo vi.

Era una bolita de pelo gris y blanco, mojada hasta los huesos, temblando junto a un contenedor de basura. Apenas levantó la cabeza cuando la luz lo alcanzó, pero sus ojos, enormes y verdes, me miraron con una mezcla de desconfianza y desesperación.

— Oh, pequeño… — susurré, sintiendo un nudo en la garganta.

Me arrodillé con cuidado, extendiendo una mano hacia él. No quería asustarlo, pero tampoco podía dejarlo ahí. Para mi sorpresa, tambaleándose un poco, el gatito dio un paso hacia mí y se apoyó en mis dedos, como si no le quedaran fuerzas.

— Vale, esto es un rescate oficial — dije, envolviéndolo con mi bufanda.

Mientras volvía a casa, el gatito no hizo ni un sonido. Estaba tan quieto que, por un momento, temí que se hubiera desmayado. Aceleré el paso, ignorando el frío que me congelaba las manos.

Cuando llegamos, lo primero que hice fue secarlo con una toalla, lo envolví en una manta y lo coloqué en mi sillón. Era tan pequeño que parecía perderse entre las arrugas de la tela.

— No tengo comida para gatos, pero… ¿qué opinas de un poco de pollo?

Me miró sin mucho entusiasmo, pero cuando dejé un trozo de pollo hervido frente a él, lo devoró como si no hubiera comido en días.

— Tienes hambre, ¿eh? — murmuré, sentándome a su lado.

Esa noche, le improvisé una cama con una caja de cartón y un jersey viejo. Me acosté agotada, segura de que al día siguiente lo llevaría a un refugio. Pero cuando desperté en mitad de la noche, lo encontré acurrucado junto a mí, ronroneando con una fuerza sorprendente para alguien tan pequeño.

— Supongo que te quedarás, ¿verdad? — dije, acariciando su cabecita.

Lo llamé Muffin, porque era tan suave y adorable como los pastelitos que tanto me gustaba hornear. Y aunque mi vida en Nueva York podría ser un caos, esa noche entendí que Muffin no solo necesitaba un hogar; yo también lo necesitaba a él.

Capítulo 7

El día en la pastelería seguía su curso habitual. Entre el aroma dulce de los pasteles recién horneados y los murmullos de los clientes, todo parecía normal... al menos en apariencia. Por dentro, mi mente era un caos absoluto. Cada palabra de Sam de la noche anterior me daba vueltas como un disco rayado, repitiéndose en bucle. Sharon, por supuesto, estaba encantada con mi dilema romántico.

— ¿Y qué pasa con Grace? — preguntó de repente, deteniéndose con una espátula en mano y una ceja perfectamente arqueada. Su tono no dejaba espacio para evasivas — Porque, hasta donde sé, Sam estaba con ella.

Suspiré mientras decoraba una tarta de zanahoria, intentando que mi pulso no temblara demasiado.

— Es complicado, Sharon. No quiero meterme en eso.

— Oh, cariño, ya estás metida hasta el fondo — canturreó, dándose la vuelta para seguir organizando cajas — La pregunta es si tienes un plan para salir ilesa o si solo vas a improvisar.

Estaba a punto de replicarle algo sarcástico cuando la campanilla de la puerta sonó. De inmediato, sentí un cambio en el ambiente, como si alguien hubiera bajado la temperatura diez grados. Levanté la vista y, allí, parada en medio de mi santuario de azúcar y harina, estaba Grace.

Alta, perfecta y con una mirada que podía partir en dos a cualquiera. Su blusa blanca y sus jeans ajustados eran tan impecables que me sentí como un desastre humano en comparación, con mi delantal lleno de harina y mi cabello recogido en un moño desordenado. Sus tacones resonaron contra el suelo como un metrónomo de juicio mientras se acercaba al mostrador.

— Emma, necesitamos hablar — dijo. No era una petición; era una sentencia.

Los clientes comenzaron a apartarse discretamente, como si olieran el drama que estaba por estallar. Sharon dejó de hacer ruido detrás de mí, seguramente lista para intervenir con algún comentario inapropiado si las cosas se ponían feas.

— Claro, Grace — dije, esforzándome por sonar tranquila mientras atendía a una pareja mayor que todavía estaba decidiendo entre una tarta de limón o de chocolate.

Grace esperó pacientemente, aunque su paciencia era más aterradora que cualquier arrebato. Cuando por fin terminé, se inclinó hacia adelante, y la intensidad en su mirada me hizo dar un paso atrás sin querer.

— Así que esto es lo que haces ahora — dijo, con una sonrisa fría que no alcanzó sus ojos — Regresas al pueblo, abres una linda pastelería y decides que tienes derecho a arruinar vidas. Qué adorable.

El comentario me golpeó como un balde de agua fría. Abrí la boca para responder, pero ella levantó una mano, deteniéndome como si fuera un semáforo en rojo.

— Sam rompió conmigo esta mañana. — Lo dijo con una voz tan afilada que podría haber cortado el glaseado de mis tartas — Y estoy segura de que sabes exactamente por qué.

— Grace, yo no…

— Oh, por favor. — Su risa sarcástica resonó por la tienda — Desde que volviste, has estado rondando como un fantasma. ¿Qué esperabas? ¿Que Sam olvidara todo y corriera directo a tus brazos? Bueno, felicidades, lo hiciste. Espero que te sientas orgullosa.

Mis mejillas ardían, y no era por el calor del horno. Inspiré profundamente, intentando encontrar las palabras adecuadas.

— Grace, lo siento si piensas que esta situación es mi culpa, pero te aseguro que no he intentado nada.

— ¿No intentaste nada? — repitió, con una sonrisa incrédula — Porque seguro que pasear por el rancho de noche y mirar a Sam como si fuera el protagonista de una novela romántica no cuenta como “nada”.

Detrás de mí, Sharon dejó escapar un suave “ouch”. No la culpaba. Yo también lo sentí.

— Grace — respondí finalmente, mi voz más firme — entiendo que estés molesta, pero lo que pasa entre tú y Sam es asunto de ustedes. Yo no controlo sus decisiones.

Por un momento, vi algo distinto en su rostro. Dolor. Vulnerabilidad. Pero desapareció tan rápido como llegó, reemplazado por su fachada de perfección inquebrantable.

— Espero que valga la pena, Emma. Espero que todo esto sea exactamente lo que querías, porque, si no lo recuerdas, la última vez que entraste en la vida de Sam también lo dejaste destrozado. Pero bueno, quién sabe. Tal vez esta vez te salga mejor.

Y, con eso, se dio la vuelta y salió, dejando tras de sí un silencio abrumador y un aire tan tenso que casi podía cortarse con un cuchillo de mantequilla.

Sharon fue la primera en hablar, como siempre.

— Bueno… eso fue intenso. ¿Quieres que le lance un cupcake la próxima vez? Tengo buena puntería.

A pesar del caos en mi interior, no pude evitar soltar una risa suave. Sharon tenía ese efecto en mí.

Pero mientras intentaba retomar la rutina del día, las palabras de Grace seguían resonando en mi cabeza. Porque, aunque no quería admitirlo, tenía razón en algo. La última vez también lo destrocé. ¿Qué tan diferente podría ser esta vez?

El resto de la tarde pasó en una especie de nebulosa. Atendí pedidos, decoré pasteles y sonreí a los clientes, pero mi mente estaba atrapada en las palabras de Grace.

"La última vez también lo destrozaste".

Dolía porque, en el fondo, sabía que había algo de verdad en ello.

Sharon, en un intento por animarme, puso música pop en los parlantes de la pastelería y empezó a bailar detrás del mostrador mientras cantaba desafinada. Normalmente habría reído, pero ni siquiera su torpe interpretación de Taylor Swift podía sacarme de mi nube gris.

Finalmente, cuando la tarde dio paso al anochecer y el último cliente salió por la puerta, me permití detenerme. Apoyé las manos en el mostrador y respiré profundamente, intentando ordenar mis pensamientos. Pero entonces, justo cuando pensaba que tendría un momento de paz, la campanilla de la puerta volvió a sonar.

— Ya cerramos — dije sin mirar.

— Eso no es problema para mí.

Reconocí su voz al instante. Mi corazón dio un vuelco y, cuando levanté la vista, ahí estaba Sam. Llevaba una camisa a cuadros que le quedaba demasiado bien y sus jeans gastados, como si hubiera salido directo del catálogo de vaqueros guapos y problemáticos.

— ¿Sam? ¿Qué haces aquí? — pregunté, mi voz más aguda de lo que pretendía.

— Venía a hablar contigo. ¿Tienes un minuto?

Asentí lentamente, aunque cada fibra de mi ser gritaba que esto era una mala idea. Sharon, que estaba recogiendo las cajas vacías, levantó una ceja y murmuró:

— Yo me retiro antes de que esto se convierta en una telenovela. Avísame si necesitas refuerzos.

Cuando la puerta trasera se cerró tras ella, el silencio entre Sam y yo se volvió tan denso que casi podía tocarlo.

— Grace vino hoy — dije finalmente, rompiendo el hielo.

Sam suspiró, pasándose una mano por el cabello desordenado.

— Lo sé. Me lo dijo.

— ¿Y? — Lo miré directamente, intentando leer algo en su rostro, pero sus ojos eran un misterio.

— Y creo que está dolida, pero no por las razones que ella cree — respondió, acercándose al mostrador.

— ¿Qué quieres decir?

Se apoyó en el borde del mostrador, tan cerca que pude sentir el calor que irradiaba de él.

— Grace y yo llevábamos meses mal. Tal vez más tiempo del que quiero admitir. Pero cuando tú regresaste, me di cuenta de algo: lo estaba alargando porque no quería enfrentar la verdad.

— ¿Y cuál es la verdad? — pregunté en un susurro, aunque temía la respuesta.

Sus ojos se encontraron con los míos, y la intensidad en ellos casi me hizo retroceder.

— Que nunca dejé de sentir algo por ti, Emma.

Mi corazón pareció detenerse por un segundo, y luego latió tan fuerte que pensé que podría escucharme. Intenté decir algo, cualquier cosa, pero las palabras no salían.

— Sé que esto te pone en una posición difícil — continuó, su voz más suave ahora — Y sé que no tienes ninguna razón para confiar en mí, especialmente después de cómo terminó todo la última vez. Pero estoy aquí porque quiero que sepas la verdad. Grace tiene razón en algo: tomé una decisión, y esa decisión fue dejar de vivir en el pasado.

— ¿Y cuál es tu plan ahora? — pregunté finalmente, mi voz temblorosa.

Sam sonrió, esa media sonrisa que siempre había sido mi debilidad.

— Eso depende de ti.

La campanilla de la puerta sonó de nuevo, y ambos giramos hacia el sonido. Era un repartidor, dejándome una caja con insumos. Sam aprovechó la distracción para apartarse, dejando espacio entre nosotros.

— No tienes que responder ahora — dijo mientras se dirigía a la puerta — Solo quería que lo supieras.

Y, con eso, se fue, dejando tras de sí un torbellino de emociones. Me quedé allí, mirando la puerta cerrada, con una sola pregunta en mi mente:

¿Estaba lista para abrirle la puerta a Sam, sabiendo todo lo que implicaba?

Sharon entró por la puerta trasera justo a tiempo para verme con las mejillas encendidas y la mente perdida en mil pensamientos.

— Déjame adivinar — dijo, mordiéndose el labio para no sonreír — ¿Sam acaba de dejarte un lío emocional?

La miré, incapaz de ocultar la confusión y el leve atisbo de esperanza en mis ojos.

— Sharon, creo que esto es peor que un lío emocional. Esto es una *tarta emocional*.

Ella soltó una carcajada, pero yo solo podía pensar en las palabras de Sam y en la decisión que tenía frente a mí.

Los días siguientes fueron un caos emocional disfrazado de rutina. Cada tarta que decoraba, cada cliente al que atendía, cada vez que Sharon intentaba distraerme con chismes del pueblo, mi mente volvía a las palabras de Sam.

“Nunca dejé de sentir algo por ti.”

Era como un eco constante, un recordatorio de que había una decisión que tomar, y que el tiempo para evitarla se estaba agotando.

Sharon, siendo Sharon, no tardó en notar mi estado.

— Ok, Ems, no quiero ser metiche… mentira, quiero ser metiche — dijo un miércoles por la tarde mientras cortaba rebanadas de pastel para exhibir — ¿Qué planeas hacer con todo esto? Porque, amiga, traes el drama en la cara.

La miré, cansada de fingir que todo estaba bien.

— No lo sé, Sharon. Sam dice que siente algo por mí, pero ¿y Grace? ¿Y lo que pasó la última vez?

— ¿Qué pasó la última vez? — preguntó, inclinándose hacia mí con ojos curiosos.

Dudé por un momento, pero luego decidí soltarlo.

— Sam y yo… estuvimos juntos como amigos hace años. Y cuando las cosas se complicaron, me fui. Lo dejé sin decir nada.

Sharon dejó el cuchillo a un lado, sus ojos llenos de sorpresa.

— Wow. Ok, eso explica muchas cosas.

— ¿Cómo qué? — pregunté, arqueando una ceja.

— Como por qué Grace está tan enojada contigo. Y por qué Sam parece mirarte como si fueras la respuesta a todas las preguntas de su vida.

Suspiré, apoyando la frente en mis manos.

— No quiero ser la villana de esta historia, Sharon.

— Ems, por lo que me cuentas, no eres la villana. Pero tampoco puedes ser la heroína si te quedas parada en el medio del pastel sin tomar una decisión.

No respondí. En lugar de eso, me sumergí en el trabajo, esperando que el aroma del azúcar y la mantequilla pudiera calmar mi mente.

La respuesta de Grace no tardó en llegar, porque claro, en este pueblo los rumores se esparcen más rápido que la harina en una cocina llena de viento.

Era sábado por la tarde cuando la puerta de la pastelería se abrió y la vi entrar de nuevo. Esta vez no llevaba su impecable atuendo de oficina, sino ropa deportiva y una expresión de cansancio.

— Emma, tenemos que hablar — dijo sin preámbulos.

Sharon, quien estaba en la caja, dio un paso atrás como si alguien hubiera activado una alarma de incendio.

— Yo… voy a revisar el inventario — murmuró antes de desaparecer.

Grace cruzó los brazos, mirando a su alrededor como si evaluara el campo de batalla antes de atacar.

— No voy a disculparme por lo que dije el otro día — comenzó — pero quiero que entiendas algo.

— Estoy escuchando — respondí, tratando de mantenerme tranquila.

— Sam y yo no estábamos bien. Lo sé. Pero eso no significa que doliera menos cuando terminó. Y ahora tú estás aquí, y no puedo evitar sentir que siempre ha sido por ti.

Sus palabras fueron un golpe directo, pero no pude ignorar el dolor en su voz.

— Grace, nunca quise que esto pasara. No volví al pueblo para… para esto.

— Entonces, ¿para qué volviste? — preguntó, sus ojos buscando una respuesta sincera.

Guardé silencio.

¿Por qué había vuelto realmente? ¿Por el pueblo? ¿Por mi familia? ¿Por la pastelería? ¿O porque, en el fondo, algo me atraía de regreso a este caos?

— Mira, Emma, no soy tu enemiga — continuó Grace, su tono más suave ahora — Pero si decides quedarte en la vida de Sam, asegúrate de no romperlo otra vez.

Y con eso, salió, dejándome con un nudo en el pecho y mil preguntas sin respuesta.

Esa noche, mientras cerraba la pastelería, me senté en uno de los bancos junto al mostrador y dejé que todo me golpeara de una vez. Grace, Sam, mis propias dudas… era demasiado.

Sharon, que había esperado hasta el último momento para intervenir, se sentó a mi lado y puso una taza de té olía a tilo frente a mí.

— No puedo tomar esta decisión por ti, Ems — dijo, apoyando una mano en mi hombro — Pero sí puedo decirte esto: no importa lo que elijas, asegúrate de que sea lo que tú realmente quieres. No lo que Grace quiere, no lo que Sam quiere. Tú.

Asentí lentamente, dejando que sus palabras calaran hondo. Tenía razón. Había pasado demasiado tiempo dejando que el pasado y las expectativas de los demás dictaran mis pasos. Tenía que enfrentar mis propios sentimientos y descubrir qué quería realmente, no podía estar así, ya había pasado por esa incertidumbre antes pero desde la posición de Grace, como la prometida y sé que duele mucho no saber qué está pasando o cómo controlarlo y no puedo hacerme ese daño.

Capítulo 8

Esa noche me quedé despierta más tiempo del que debería, mirando las luces titilantes del cartel de la pastelería que había mandado hacer y lo estaba probando en mi habitación porque ya saben, en estos tiempos que te vendan cosas que no funcionan bien es el pan de cada día y no podía permitirme ese gasto así como así.
Entre el té de Sharon y la conversación con Grace, mi cerebro parecía estar atrapado en un torbellino.

¿Qué quería realmente? ¿Podía confiar en que lo que sentía por Sam era algo más que una reliquia del pasado?

Al día siguiente, decidí que, si iba a encontrar respuestas, no lo haría hundiéndome en mi cama. Me levanté temprano, me puse mi delantal más bonito, el que tenía pequeñas fresas bordadas en el bolsillo, mi madre los había bordado cuando le conté las notas de mis exámenes de la universidad, estuvo días trabajando en eso, recuerdo que cuando lo recibí en mi departamento me puse a llorar porque ella de alguna forma me estaba mandando ánimos y no sabe cuánto lo necesitaba, por ella seguí mis sueños y me lancé al trabajo, en el aquí y el ahora.

Sharon me miró con sospecha en cuanto entré por la puerta principal.

— Ems, sé que esto suena loco viniendo de mí, pero estás demasiado... ¿cómo decirlo? Funcional.
Algo tramas.

— No estoy tramando nada — dije, negando con la cabeza mientras organizaba las bandejas de cupcakes — Solo estoy enfocándome en el trabajo. Es terapia ocupacional.

— Ajá — respondió, arrastrando la palabra con escepticismo — Bueno, si necesitas hablar, aquí estoy o si quieres podemos ir a hacerle trenzas a unos cuantos caballos para que Sam se vuelva loco y piense que tiene alguna entidad en su propiedad como una vez lo hicimos, ya sabes para que tenga algo que hacer. Pero si lo que necesitas es una excusa para evitar a Sam, puedes decirlo.

—¡No estoy evitando a Sam! — protesté — Pero voy a considerar lo de las trenzas solo porque quiero ver que dará como ofrenda a sus duendes para que deje en paz a los caballos como cuando lo hicimos por venganza ya que Sam se había enfadado con nosotras por que no había ganado en la fiesta de la cosecha con sus gallinas que según él eran las mejores gallinas del estado, recuerdo que habíamos apostado y él no lo quería pagar, nos escabullimos una tarde y fuimos a trenzarles el cabello a unas de sus yeguas.
Nunca le dijimos que fuimos nosotras, él no había cumplido su palabra, entonces nosotras no le diríamos que teníamos algo que ver.
Recuerdo que al día siguiente vino asustado en mi casa a levantarme para mostrarme lo de las yeguas, su padre le había dicho que eran duendes y que algo había hecho para que se enfadaran con él y que tenía que dejarles una ofrenda para tener el perdón.

Se pasó semanas dejando frutas, cartas y hasta nos pagó la apuesta, prometió no faltar a su palabra nunca más, que lo que había pasado fue un error, todas las tardes iba a ver a las yeguas para ver si lo habían perdonado.

Y sí, lo perdonamos, no lo volvimos a hacer… y muy en el fondo sé que su padre lo sabía por la forma en la que nos miraba, en la forma que decía duendes y nos miraba a Sharon y a mí con una sonrisa.

Justo en ese momento, como si el universo estuviera jugando conmigo, la campanilla de la puerta sonó, y ahí estaba él: Sam, con su chaqueta de cuero, una sonrisa tímida y ese cabello

revuelto que parecía salido de un comercial de champú nadie diría que ese hombre tenía mil tratamientos para su cabello en su cuarto de baño.
Nosotras lo habíamos descubierto por culpa de su hermana, decía que Sam se llevaba todo el agua caliente por las mañanas haciendo su ritual de baño cuidando su pelo.

Mis manos se congelaron a medio camino de acomodar los cupcakes.

¿Acaso podía conjurarlo con solo mencionarlo?

— Hola, Emma — dijo, caminando hacia el mostrador con las manos en los bolsillos.

— Sam. Hola — respondí, intentando sonar casual y fallando miserablemente.

Sharon, por supuesto, se deslizó fuera del mostrador como un ninja, dejando que me enfrentara sola a mi destino.

— ¿Podemos hablar? — preguntó Sam, inclinándose ligeramente hacia adelante.

No podía seguir esquivándolo. Asentí y salí de detrás del mostrador, indicando una de las mesas junto a la ventana.

Nos sentamos, y durante unos segundos, ninguno dijo nada. Sam jugueteó con el paquete de azúcar de la mesa, mientras yo trataba de mantener las manos quietas para no arruinar mis uñas.

— Grace vino a verme — dije finalmente, rompiendo el silencio.

Él asintió, como si hubiera esperado que lo mencionara.

— Sí, me lo dijo.

— ¿Y? — pregunté, arqueando una ceja.

Sam suspiró, pasando una mano por su cabello.

— Emma, sé que esto es complicado. Grace es una buena persona, y no quería lastimarla. Pero… no estaba funcionando. Y no es por ti.

— ¿Ah, no? — pregunté, escéptica.

— Bueno, no del todo por ti — admitió con una media sonrisa que me hizo querer lanzarle una magdalena.

— Sam… — empecé, tratando de encontrar las palabras adecuadas — No sé si puedo hacer esto. No quiero ser la persona que arruine cosas.

— No lo eres — interrumpió, su tono firme — Lo que pasó con Grace no es culpa tuya. Y lo que siento por ti… es algo que nunca se fue.

Sus palabras eran tan simples y, al mismo tiempo, tan devastadoras que me dejaron sin aire por un momento.

— No sé si estoy lista para esto — admití en voz baja.

— No tienes que estarlo ahora mismo — dijo él, su mirada sincera — Pero quiero que sepas que estoy aquí y puedo esperar a que estés lista para un no o quizás un sí.

Hubo algo en la manera en que lo dijo, en cómo me miró, que hizo que algo en mi interior se suavizara. Tal vez todavía no estaba lista para tomar una decisión, pero por primera vez en mucho tiempo, sentí que podía dejar de correr.

Sam se levantó, dejando un billete en la mesa aunque no había pedido nada, y me dedicó una última sonrisa antes de salir.

Sharon apareció en cuanto la puerta se cerró.

— ¿Entonces? — preguntó, sus ojos brillando de curiosidad.

— Nada — dije, todavía procesando — Todo. No lo sé.

Ella me dio una palmada en la espalda y se inclinó para susurrar:

— Amiga, te diré una cosa: si no terminas con él, más te vale que me lo presentes. Porque, uf, qué hombre.

No pude evitar reír.

Tal vez el caos aún no estaba resuelto, pero en ese momento, me permití pensar que, de alguna manera, todo saldría bien.
Esa noche, después de cerrar la pastelería, volví a casa sintiéndome un poco menos segura de todo. Sharon insistió en acompañarme, pero la convencí de que necesitaba tiempo a solas. Aunque, en retrospectiva, quizá habría sido útil tenerla allí para evitar que mi cabeza diera tantas vueltas.

Cuando llegué a casa, una brisa fresca soplaba entre las hojas de los árboles, y el sonido lejano de los grillos llenaba el aire. Subí los escalones del porche, buscando las llaves en mi bolso, cuando algo llamó mi atención.

En el alféizar de mi ventana, había una carta, doblada con cuidado y asegurada con una pequeña piedra. Me acerqué con curiosidad, deslizándola entre mis dedos antes de abrirla.

Las palabras estaban escritas con la letra inconfundible de Sam, esa mezcla de trazos inclinados y desordenados que solían aparecer en nuestras notas de adolescentes.

"Emma,
No quiero complicar más las cosas, pero necesito verte. No en la pastelería, ni con Grace o Sharon alrededor.
Solo nosotros.
Mañana por la noche, ven al río, donde solíamos ir. Sé que ha pasado mucho tiempo, pero prometo que será como antes.
Solo una noche de viejos amigos.
Sam."

Mis dedos acariciaron la esquina de la hoja mientras la leía de nuevo. Por un momento, casi podía escuchar el agua del río y sentir la brisa que solíamos disfrutar cuando éramos adolescentes. Una parte de mí dudaba, pero otra, quería ir, tenía que ir.

Al día siguiente

El crepúsculo teñía el cielo de tonos naranjas y rosados cuando llegué al río. Los árboles proyectaban largas sombras sobre la orilla, y el sonido del agua me recibió como un viejo amigo.

Entonces lo vi. Sam estaba de pie junto a una mesa baja cubierta con un mantel blanco. Había un ramo de rosas sobre la mesa, y una hilera de pequeñas luces colgaban de las ramas cercanas, titilando como estrellas atrapadas.

Él llevaba una camisa blanca remangada y jeans oscuros, y cuando me vio, me dedicó esa sonrisa desarmante que siempre había tenido el poder de hacerme olvidar cómo respirar.

— Llegaste — dijo, acercándose con una rosa en la mano — Sabía que lo harías.

— ¿Y si no hubiera venido? — pregunté, aceptando la flor con una sonrisa nerviosa.

— Me habría quedado aquí hasta que te convencieras — respondió, encogiéndose de hombros.

No pude evitar reír.
Esa era una de las cosas de Sam. Siempre lograba hacerme sentir que todo estaba bien, incluso cuando no lo estaba.

— Es hermoso, Sam — dije, mirando alrededor. Las luces, el mantel, incluso el cielo parecía haber conspirado para hacer la noche perfecta.

— Recuerdo lo mucho que te gustaban las estrellas — dijo, guiándome hacia la mesa — Pensé que podríamos cenar bajo ellas, como solíamos hablar cuando éramos más jóvenes.

Nos sentamos, y descubrí que había preparado todo: bocadillos, frutas, e incluso una botella de vino que recordaba haberle visto a su mamá guardar como un tesoro años atrás.

— ¿Sacaste el vino de la colección de tu madre? — pregunté, alzando una ceja.

— Por supuesto que no — respondió, haciendo una pausa dramática antes de sonreír — Bueno, tal vez un poco. Pero no se dará cuenta.

El ambiente estaba tan cargado de calidez y nostalgia que era imposible no relajarse. Hablamos de todo y de nada. De cómo habían cambiado nuestras vidas, de las veces que habíamos venido al río después de las clases, e incluso de los sueños absurdos que teníamos cuando éramos adolescentes.

— ¿Recuerdas cuando dijiste que serías astronauta? — pregunté, riendo.

— ¿Y tú qué? — replicó, con una sonrisa — Decías que ibas a abrir la mejor pastelería del mundo y que le pondrías "Cielo de Vainilla".

— Bueno, al menos cumplí una parte — dije, fingiendo estar ofendida.

— Yo también — dijo, inclinándose hacia mí — Te traje las estrellas.

El calor subió a mis mejillas, y por un momento, todo el ruido del mundo pareció desaparecer. Solo estábamos él y yo, bajo el cielo abierto, con el sonido del río como banda sonora.

Cuando terminé mi copa de vino, Sam se levantó y me tendió una mano.

— Ven, quiero mostrarte algo.

Lo seguí hasta la orilla, donde había colocado una manta sobre la hierba. Nos sentamos, y él señaló al cielo.

— ¿Ves esa estrella? — dijo, señalando una particularmente brillante — Siempre decía que era tuya.

— ¿Por qué? — pregunté, mirando la estrella con curiosidad.

— Porque siempre brilla más cuando tú estás cerca — dijo en voz baja, girando para mirarme.

Y ahí estaba esa mirada. La misma que hacía que mi pecho se sintiera pesado y ligero al mismo tiempo. La misma que me hacía sentir que, tal vez, con él, todo sería diferente.

— Sam… — empecé, pero él negó con la cabeza.

— No tienes que decir nada. Esta noche es solo para recordar. Para volver a ser esos dos amigos que se sentaban junto al río y soñaban con todo lo que podía ser.

Sonreí, dejando que sus palabras se asentaran en mi corazón. Porque, aunque el futuro seguía siendo incierto, en ese momento, bajo las estrellas, todo parecía estar en su lugar.

La brisa nocturna soplaba suave, acariciando mi piel mientras Sam y yo permanecíamos sentados en la manta junto al río. Las luces de las luciérnagas flotaban entre los árboles, casi como si fueran parte de la decoración de ensueño que él había preparado.

Sam se inclinó ligeramente hacia atrás, apoyándose sobre sus brazos mientras miraba el cielo estrellado. Yo seguía observando de reojo, intentando procesar la realidad de estar ahí con él, en ese momento parecía sacado de una película.

— Siempre me gustó este lugar — dijo, rompiendo el silencio con su voz baja y tranquila — Es el único sitio donde podía pensar con claridad. Especialmente cuando tú estabas aquí.

Mis labios se curvaron en una sonrisa involuntaria, pero traté de esconderlo.

— ¿Pensar con claridad? — pregunté, alzando una ceja — ¿Es por eso que siempre traías tus problemas aquí?

Él soltó una risa suave, esa que hacía que mi pecho se sintiera cálido.

— Tal vez. Aunque ahora pienso que no era tanto el lugar como la compañía.

Mis ojos se encontraron con los suyos, y algo en su mirada me hizo quedarme quieta. Había una honestidad ahí, una que no estaba acostumbrada a ver en él. Sam siempre había sido el chico seguro de sí mismo, el que bromeaba para evitar conversaciones serias. Pero esta vez, era diferente.

— Emma… — comenzó, inclinándose ligeramente hacia mí — No sé si este es el momento adecuado o si voy a arruinarlo todo, pero tengo que decirlo.

Mi corazón latía con fuerza, cada palabra suya retumbando en mi cabeza.

— Siempre fuiste más que una amiga para mí — continuó, su voz baja pero firme — Incluso cuando éramos niños y no tenía idea de lo que estaba haciendo con mi vida. Tú siempre estuviste ahí, como un faro. Algo a lo que podía volver, incluso cuando no lo merecía.

Sentí un nudo en la garganta, y las palabras se quedaron atascadas en mi mente.

¿Qué podía decir a eso? ¿Qué debía decir?

— Y ahora que estás aquí, no puedo evitar pensar… que tal vez todo este tiempo estuve esperando por esto. Por nosotros.

El mundo parecía detenerse. Los grillos, el río, incluso las estrellas dejaron de moverse mientras esas palabras flotaban en el aire entre nosotros.

— Sam… yo… — traté de hablar, pero la emoción me embargó.

Él se inclinó más cerca, y su mano rozó la mía, enviando un escalofrío por mi piel.

— No tienes que decir nada si no estás lista — susurró, sus ojos fijos en los míos — Pero quería que lo supieras.

Por un momento, todo lo que había pasado entre nosotros quedó en pausa. Grace, la pastelería, el tiempo perdido… nada de eso importaba. Todo lo que podía sentir era a Sam, tan cerca, tan real, tan él.

Mi cuerpo se movió antes de que mi mente pudiera procesarlo. Me incliné hacia adelante, eliminando la distancia que quedaba entre nosotros, y lo besé.

Fue suave al principio, como una pregunta. Pero pronto, la calidez de sus labios contra los míos se volvió una respuesta definitiva. Sus manos encontraron mi rostro, sosteniéndolo con una ternura que no sabía que él poseía, mientras el mundo entero desaparecía a nuestro alrededor.

Cuando nos separamos, sus ojos brillaban con una mezcla de asombro y alegría.

— Eso… no me lo esperaba — dijo, con una sonrisa que hacía que mi corazón se acelerara aún más.

— Yo tampoco — respondí, riendo suavemente — Pero aquí estamos.

Nos quedamos ahí, bajo las estrellas, con el sonido del río como nuestra única audiencia. Y por primera vez en mucho tiempo, sentí que todo estaba exactamente donde debía estar.

Capítulo 9

Al día siguiente, el sol apenas había salido cuando decidí ir al rancho de Sam. Después de nuestra noche junto al río, mi mente no dejaba de dar vueltas. Había algo en sus palabras y en cómo me miró que encendía una chispa en mí… y un poquito de pánico.

Mientras caminaba, el aire fresco de la mañana me despejaba la cabeza. El cielo se teñía de tonos rosados y dorados, y los campos cubiertos de neblina hacían que el paisaje pareciera sacado de un cuento. Llegué al rancho justo cuando Sam estaba cepillando a uno de los caballos junto al corral. Su cabello despeinado y su camiseta un poco arrugada me hicieron sonreír. Era como si hubiera salido de una portada de revista… rural.

Cuando me vio, levantó la mirada y dejó de cepillar.

— Vaya, madrugaste — dijo con una sonrisa que era demasiado encantadora para esta hora del día.

— Y tú sigues usando esa camiseta de cuando tenías diecisiete. ¿Qué tiene, poderes mágicos o algo? — respondí, intentando sonar casual mientras mi corazón latía como loco.

Él se echó a reír, una de esas carcajadas profundas que siempre me hacían olvidar por qué estaba molesta con él.

— Es mi amuleto de la suerte. Además, ¿a quién le importa? Los caballos no juzgan.

— Pues yo sí. Vine porque necesitamos hablar, no porque quería hacer una investigación sobre tu estilo de moda — Le lancé una mirada significativa, aunque mis labios se curvaron en una sonrisa.

Sam dejó el cepillo a un lado y se acercó, cruzando los brazos mientras me miraba con esa mezcla de curiosidad y cautela que siempre usaba cuando sabía que venía algo importante.

— Estoy escuchando, Emma.

Me tomé un segundo para juntar valor.

— Sobre anoche… — empecé, sintiendo que mis palabras pesaban más de lo que deberían — Fue especial, Sam. Pero no quiero que volvamos a lo mismo de antes. Si vamos a intentar algo, tiene que ser diferente. Real. Sin secretos ni cosas no dichas.

Él asintió, y por primera vez, no intentó interrumpir ni bromear.

— Tienes razón. He sido un idiota guardándome cosas porque no sabía cómo explicarlas o porque pensaba que no importaban. Pero sí importan. Tú importas.

Lo miré, sorprendida por lo directo que estaba siendo. Sam siempre había sido el tipo de persona que usaba las palabras para esquivar problemas, no para enfrentarlos.

— Cuando te fuiste… — siguió, mirando al suelo antes de volver a alzar la vista — Fue un desastre, Emma. No sabía qué hacer conmigo mismo. Mi papá enfermó, el rancho necesitaba atención, y yo… bueno, intenté seguir adelante, pero fracasé espectacularmente.

— ¿Y eso qué significa? — pregunté, sintiendo un nudo formarse en mi estómago.

— Hubo alguien más. No fue amor, ni siquiera algo importante. Solo un intento estúpido de llenar el vacío.

Me quedé en silencio, digiriendo sus palabras. Mi corazón se tensó un poco, pero al mismo tiempo, entendí lo que decía. No podía esperar que el mundo se congelara en mi ausencia.

— ¿Sabes? — dije finalmente, con una pequeña sonrisa— Podrías haber empezado con algo menos dramático, como que aprendiste a hacer pan o algo así.

Sam soltó una risa sorprendida.

— Podría haberlo hecho, pero el pan no es mi fuerte.

— ¿Y las relaciones tampoco, aparentemente?

Él negó con la cabeza, claramente divertido y un poco avergonzado.

— Bueno, estoy intentando mejorar en eso último.

Algo en su tono y en la forma en que me miró hizo que toda la tensión desapareciera.

— Sam… entiendo lo que pasó. Y sí, duele un poco, pero no cambia lo que siento. Lo que estamos intentando ahora es más importante.

La expresión de alivio en su rostro fue como un amanecer después de una tormenta.

— Gracias por eso, Emma. De verdad.

Antes de que pudiera decir algo más, Sam tomó mi mano con cuidado, entrelazando sus dedos con los míos.

— Lo último que quiero es que vuelvas a irte — dijo, su voz un susurro que apenas rompía el silencio de la mañana — No puedo imaginar perderte otra vez.

Me acerqué un poco más, sintiendo cómo mi corazón parecía sincronizarse con el suyo.

—No voy a ir a ningún lado, Sam.

Entonces, casi como si fuera lo más natural del mundo, se inclinó hacia mí. Mi respiración se detuvo cuando sus labios rozaron los míos, suaves y cálidos, como una buena taza de chocolate

caliente con marshmallows. El mundo a nuestro alrededor pareció desvanecerse, dejando solo el sonido del viento y el latido de mi corazón.
El beso fue suave, lento, como si ambos estuviéramos probando algo que habíamos esperado durante años. Sentí que todo el aire fresco de la mañana había sido reemplazado por un calor envolvente. Pero justo cuando empezaba a perderme en el momento, algo húmedo y frío me tocó la pierna.

— ¡Ah! — grité, saltando hacia atrás, rompiendo el beso.

Sam se echó a reír mientras yo miraba hacia abajo para encontrar al culpable: un pequeño cachorro que, al parecer, había decidido que mi pierna era el lugar perfecto para limpiar su lengua babosa.

— ¿En serio, Sam? — lo miré, indignada pero incapaz de ocultar una sonrisa — ¿Qué clase de escena romántica es esta?

Sam se inclinó y recogió al cachorro con una sonrisa traviesa.

— Te presento a Duke. Es un crítico muy exigente. Parece que quería comprobar si había química real entre nosotros.

— ¿Duke? — repetí, frunciendo el ceño mientras intentaba limpiarme la pierna — ¿Qué pasa con los nombres normales como Max o Toby?

— ¿Y qué tiene de malo Duke? — preguntó, fingiendo estar ofendido mientras el cachorro movía la cola con entusiasmo — Es un nombre fuerte, poderoso. Muy adecuado para un perro que pesa, ¿qué? ¿Dos kilos?

— Oh, sí, muy imponente. Seguro que los caballos están temblando de miedo. — Puse los ojos en blanco, pero no pude evitar reír cuando Duke ladró, como si estuviera de acuerdo con Sam.

Sam me ofreció una mano para ayudarme a incorporarme de nuevo.

— ¿Dónde estábamos antes de que el pequeño intruso arruinara el momento?

— Estábamos teniendo una escena digna de una película de romance — dije, cruzando los brazos mientras lo miraba con fingida severidad — Y ahora es más como una comedia romántica barata.

— ¡Oye! — rió, dejando a Duke en el suelo y acercándose de nuevo — Las comedias románticas también tienen su encanto. Además, ¿quién quiere algo demasiado perfecto?

— ¿Así que estás diciendo que un cachorro baboso mejora el momento?

— Absolutamente. Le da autenticidad.

No pude evitar reír mientras él se acercaba más, su sonrisa burlona tan encantadora como siempre.

— Bueno, Sam, si esto es una comedia romántica, espero que al menos haya un final feliz.

— Depende de ti, Emma. — Su voz bajó un poco, su mirada fija en la mía — Porque yo estoy más que dispuesto a improvisar contigo.

Y antes de que pudiera responder, me jaló suavemente hacia él, haciendo que nuestras frentes se tocaran. Esta vez, cuando sus labios encontraron los míos, me olvidé del cachorro, de los caballos y de cualquier otra cosa que no fuera el momento perfecto que estábamos creando.

Desde el suelo, Duke ladró de nuevo, como si quisiera recordarnos que seguía ahí.

— ¡Duke, dame un respiro! — exclamó Sam, rompiendo el beso mientras ambos estallábamos en carcajadas.

Capítulo 10

Después de la conversación con Sam, sentí que el nudo en mi pecho había comenzado a deshacerse, aunque no del todo. Hablar con franqueza no había sido fácil, pero al menos había sido un comienzo. Los días siguientes fueron una mezcla de nervios y emoción mientras me preparaba para la apertura de la pastelería. Si esto funcionaba, no sólo podría demostrarme que pertenecía a Billings, sino que también sería un gran paso hacia algo propio.

La mañana de la inauguración, todo estaba listo. Me levanté temprano para repasar cada detalle: las vitrinas estaban impecables, los pasteles alineados como si fueran soldados preparados para una misión, y un delicado aroma a vainilla y canela llenaba el aire. Me sentía orgullosa… hasta que miré el reloj y me di cuenta de que faltaban veinte minutos y mis manos estaban temblando como si hubiera bebido cinco tazas de café.

El timbre de la puerta sonó antes de la apertura, y allí estaba Sam, con su sombrero de vaquero perfectamente inclinado, sosteniendo un ramo de flores silvestres que parecía haber arrancado directamente del campo.

— ¿Flores para mí? — pregunté, tratando de sonar tranquila aunque mi corazón latía con fuerza.

— No quería que tu pastelería fuera la única cosa bonita aquí hoy. — Su sonrisa ladeada me desarmó, como siempre.

— ¿Eso es un cumplido o una de tus bromas? — pregunté, aceptando las flores mientras trataba de ocultar mi sonrisa.

— Un poco de ambas — respondió, guiñandome un ojo.

Sam echó un vistazo a mi alrededor, asintiendo como si estuviera evaluando su propio rancho.

— Se ve increíble, Emma. Aunque… — se acercó a una de las vitrinas, inspeccionando un cupcake — creo que este necesita más glaseado.

— ¡Ni se te ocurra tocarlo! — exclamé, poniéndome entre él y el cupcake como si estuviera protegiendo a un bebé — Está perfectamente equilibrado.

— Claro, claro — dijo, levantando las manos en señal de rendición — No quiero interferir con tu arte.

No pude evitar reír, aunque intenté ocultarlo con un suspiro.

Cuando llegó la hora de abrir, Sam seguía allí, pero ahora actuaba como un cliente más, probando los postres y haciendo comentarios exageradamente positivos como si fuera un crítico gourmet.

— Este pastel de zanahoria… Emma, ¿lo has bendecido antes de hornearlo? — dijo, llevándose una mano al corazón dramáticamente — Estoy viendo ángeles.

— ¡Sam! — grité entre risas mientras Sharon, que estaba a mi lado, rodaba los ojos.

— Déjalo, Emma. Le encanta llamar la atención. Aunque, para ser justos, este pastel es celestial — añadió Sharon, robando un trozo del plato de Sam.

La tienda estaba llena de risas, vecinos y algunos turistas curiosos. Cada vez que veía a alguien disfrutar de mis postres, sentía un pequeño estallido de orgullo.

Cuando finalmente llegó el final del día, estaba agotada pero feliz. Me dejé caer en una de las mesas con un suspiro de alivio, observando a Sam recoger algunos platos mientras Duke, su inseparable cachorro, intentaba robar un trozo de galleta de una bandeja.

— ¿Te importaría explicarme por qué tu perro está ayudando con la limpieza? — pregunté, señalando a Duke.

— Es mi asistente personal — respondió Sam, como si fuera lo más obvio del mundo — Aunque cobra en galletas, lo cual resulta ser un mal negocio para mí.

Me reí, y Sam se sentó frente a mí, colocando dos tazas de café sobre la mesa.

— ¿Lo lograste? — preguntó, aunque su sonrisa sugería que ya sabía la respuesta.

— Lo logré — Lo miré con sinceridad — Aunque no lo habría hecho sin ti y tus… consejos poco solicitados.

— Siempre a tus órdenes, señorita perfección. — Se inclinó hacia atrás, satisfecho consigo mismo.

Nos miramos en silencio por un momento, ambos sonriendo, hasta que Duke ladró, reclamando atención.

— ¿Sabes? — dije, mirándolo con diversión — Si alguien escribiera nuestra historia, probablemente la titularía “La pastelera y el vaquero y su cachorro inoportuno”.

Sam rió y levantó su taza en un brindis improvisado.

— Por muchas más aventuras imperfectas.

Chocamos nuestras tazas y, en ese momento, todo lo que alguna vez había sentido como un peso se desvaneció, reemplazado por la certeza de que, aunque imperfecto, este capítulo era donde quería estar.

El sol ya había comenzado a ocultarse, pintando el cielo con tonos cálidos de naranja y rosa. La pastelería, aunque ahora vacía, aún olía a vainilla, canela y éxito. Duke había decidido que la bandeja de galletas vacía era un excelente lugar para descansar, mientras Sam y yo seguíamos conversando.

— Entonces, ¿qué sigue para la reina de los cupcakes? — preguntó Sam, apoyando los codos en la mesa y mirándome con una mezcla de curiosidad y diversión.

— Mañana limpiaré como si no hubiera un mañana — respondí, estirándome dramáticamente — Y después… no lo sé. Quizás domine el mundo una receta a la vez.

— Ambicioso. Me gusta. Aunque… — Sam se inclinó hacia adelante, con esa sonrisa suya que siempre prometía problemas — Si necesitas ayuda con el plan de dominación mundial, puedo ser tu consejero estratégico.

— ¿Tu plan incluye usar sombreros de vaquero en todas las reuniones importantes? — me burlé, arqueando una ceja.

— Por supuesto. ¿Qué sería del mundo sin un poco de estilo?

Ambos reímos, y por un momento, el cansancio quedó en segundo plano. Sin embargo, cuando me levanté para llevar las tazas vacías a la cocina, Sam me siguió, tomando algunas cosas para ayudar.

— No tienes que hacer esto, ¿sabes? — le dije mientras colocaba las tazas en el fregadero.

— ¿Y perder la oportunidad de presumir que estuve aquí desde el primer día del imperio de Emma? Ni pensarlo.

Rodé los ojos, pero antes de que pudiera responder, un estruendo nos interrumpió. Duke, en su entusiasmo por perseguir un pequeño rayo de luz que se reflejaba en la pared, había derribado una pila de bandejas.

— ¡Duke! — exclamé, corriendo a recoger el desastre.

— Bueno, parece que mi asistente necesita más entrenamiento — dijo Sam, inclinándose para ayudar mientras Duke se escondía detrás de él, como si supiera que estaba en problemas.

— ¿Entrenamiento? Creo que necesita un curso completo de etiqueta.

Mientras recogíamos las bandejas, nuestras manos se rozaron accidentalmente. Me congelé un momento, y cuando lo miré, Sam ya estaba sonriendo como si hubiera ganado algo.

— ¿Sabes? — dijo, inclinando la cabeza — Si sigues mirándome así, voy a pensar que realmente te importo.

— Oh, claro. Mi plan maestro es quedarme aquí, mirando cómo tú y tu perro destruyen mi

negocio. Todo un sueño hecho realidad.

— ¿Qué puedo decir? — respondió, encogiéndose de hombros — Somos irresistibles.

Solté una risa, y Sam aprovechó para levantarse con una bandeja en la mano, pero justo cuando iba a colocarla sobre la mesa, su sombrero se deslizó y terminó tapándole los ojos. Intentando arreglarlo, golpeó sin querer el borde de la mesa y dejó caer la bandeja nuevamente.

— ¡Por el amor de Dios, Sam! — grité, riendo tanto que apenas podía mantenerme en pie.

— Esto es parte del espectáculo, señorita — respondió, ajustándose el sombrero con un aire digno mientras recogía la bandeja otra vez — Dos por uno: postres y comedia.

Cuando finalmente terminamos de ordenar el desastre, nos sentamos en el suelo, exhaustos. Duke, sintiéndose redimido, se acurrucó entre nosotros con una galleta en la boca.

— Gracias por quedarte todo el día, Sam — le dije, mirando hacia las luces cálidas de la pastelería.

— De nada. Me alegra que hayas sobrevivido a tu primer día como pastelera profesional. Aunque no sé si podré decir lo mismo de tus bandejas.

Nos miramos y estallamos en risas nuevamente.

— Bueno — añadí, entre risas — supongo que sobreviviré si sigues trayendo flores silvestres y causando caos con Duke.

— ¿Es una invitación para volver? — preguntó con un brillo travieso en los ojos.

— No te emociones demasiado, vaquero. Sólo si prometes no romper nada más.

— Haré mi mejor esfuerzo — respondió, aunque ambos sabíamos que eso significaba poco viniendo de él.

Nos quedamos ahí un rato más, charlando y riendo. Y en ese momento, en el suelo de mi pequeña pastelería, con Sam y Duke a mi lado, me di cuenta de que, por primera vez en mucho tiempo, me sentía completamente en casa.

El aire fresco acariciaba mi rostro mientras cerraba la pastelería. Después de semanas agotadoras, por fin sentía que las cosas se estaban asentando. Bueno, al menos en la pastelería. En mi vida personal, las cosas estaban… interesantes.

Sam y yo habíamos tenido nuestra gran conversación semanas atrás. No fue precisamente fácil, pero terminamos en el mejor lugar posible: juntos, de nuevo. Por supuesto, eso no significaba que todo fuera perfecto. Tener un novio vaquero significaba que nuestras diferencias seguían apareciendo en los momentos más inesperados.

Por ejemplo, esta mañana.

— ¿Estás segura de que necesitas tantas clases de repostería online? — me preguntó, apoyado contra la barra mientras yo le servía un café.

— ¿Qué insinúas? ¿Que no puedo seguir aprendiendo? — repliqué, fulminándolo con la mirada.

— No, solo digo que los croissants que haces ya son prácticamente arte. Podrías venderlos en París y nadie notaría la diferencia.

Rodé los ojos. Siempre sabía exactamente cómo desarmarme.

— Es por si algún día decides montar un rancho de caballos y necesito ser la mejor chef de croissants en un radio de cien kilómetros.

— Entonces, haz todos los cursos que quieras. — Me guiñó un ojo y salió en dirección a su rancho para alimentar a los caballos.

Esa era nuestra dinámica: amor y bromas intercalados con días de trabajo duro. Pero esa noche, mientras apagaba las luces de la pastelería y me disponía a caminar hacia el rancho, recibí una visita inesperada.

Sharon apareció en la entrada, con el cabello revuelto y la respiración agitada.

— Emma, menos mal que aún estás aquí.

— ¿Qué pasa? — pregunté, alarmada al instante.

— Es tu mamá. Tuvo una caída en casa. Está consciente, pero creo que necesita ayuda.

El aire pareció quedarse sin oxígeno por un segundo. Mi mamá era fuerte como una roca; escuchar que algo le había pasado me dejó sin palabras.

— Voy ahora mismo — dije, tomando mi abrigo y saliendo con Sharon.

Sam apareció justo cuando cruzábamos el jardín, con su sombrero en la mano y una mirada preocupada.

— ¿Qué sucede?

— Mi mamá tuvo un accidente — le expliqué rápidamente.

— Voy contigo.

Normalmente habría insistido en ir sola, pero esta vez asentí. En el fondo, agradecía que estuviera ahí.

Cuando llegamos a casa de mi mamá, la encontramos sentada en el sofá, con una bolsa de hielo en el tobillo y una expresión que oscilaba entre la frustración y el dolor.

— No fue nada — dijo, quitándole importancia al asunto — Tropecé con el cable del aspirador. ¿Quién diseñó un aparato tan peligroso?

— Mamá, no puedes ignorar esto. — Me agaché a su lado para examinar el tobillo — ¿Te duele mucho?

— Solo cuando me río. — Sonrió, pero su ceño fruncido la delató.

— Llamaré al médico — intervino Sam, sacando su teléfono como si fuera parte de nuestra familia desde siempre.

— No necesito un médico. — Mi mamá lo miró como si acabara de sugerir que se mudara a Marte.

— Señora, no se preocupe, no es nada formal. Solo es un amigo que sabe de estas cosas. — Sam sonrió con esa facilidad que hacía que todos le creyeran.

— No estoy tan mal como para necesitar ayuda, ¿verdad? — preguntó, mirando a Sharon como si esperara apoyo.

— Definitivamente necesitas ayuda — contestó Sharon, como si mi mamá acabara de decir algo absurdo.

Mientras esperábamos al médico, mi mamá insistió en compartir una historia embarazosa de mi infancia.

— ¿Sabías que Emma se escondía detrás del mostrador de la tienda cada vez que un chico guapo entraba?

— ¡Mamá! — protesté, sintiendo que mis mejillas ardían.

— ¿Qué puedo decir? Aparentemente siempre has sido tímida con los vaqueros — añadió Sam, sonriendo con picardía.

A pesar de la preocupación inicial, la noche terminó con risas y un médico confirmando que no era nada grave. Sin embargo, el incidente dejó algo claro: era hora de que mi mamá dejara de ignorar mis ofertas de ayuda.

— Deberías invitar a tus amigos a cenar, Emma — dijo mi mamá mientras la acomodamos para que descansara — Y si traes a Sam, no me quejaré.

— Lo haré, mamá. Lo haré.

Esa noche, mientras caminaba con Sam, me di cuenta de lo agradecida que estaba por tenerlo a mi lado.

— ¿Qué piensas? — preguntó él, rompiendo el silencio.

— Que nunca me había sentido más feliz de tener a alguien que sabe cuándo llamar a un médico y cuándo solo escuchar una historia vergonzosa.

Sam se detuvo, me miró con una sonrisa y luego me besó bajo el cielo estrellado.

Capítulo 11

A la mañana siguiente, el día comenzó como cualquier otro: el sol brillando, los gallos cacareando, y yo intentando recuperar algo de energía después de la intensa noche anterior. Decidí pasar un rato en el rancho antes de abrir la pastelería, principalmente porque necesitaba el café de Sam. Había algo especial en la forma en que lo preparaba, como si cada taza tuviera un poco de magia… o tal vez solo sabía exactamente cuánto azúcar echarle.

Cuando llegué, encontré a la madre de Sam, Evalie en la cocina, con Duke, el enorme perro de Sam, sentado en el medio del piso, mirándola con una mezcla de curiosidad y hambre.

— Emma, querida, justo a tiempo — dijo con una sonrisa cálida. Llevaba un delantal floral y sostenía un bol lleno de masa pegajosa — Necesito una opinión honesta.

Antes de que pudiera preguntar qué estaba pasando, me extendió una cuchara cubierta de lo que parecía ser una mezcla experimental de pan de maíz.

— ¿Honesta? — pregunté, dudando mientras tomaba la cuchara.

— Claro que sí. Pero recuerda, si no te gusta, es porque no tienes buen paladar, no porque mi receta esté mal.

Intenté no reírme mientras probaba un bocado. Duke me observaba fijamente, como si esperara que yo cayera inconsciente para que él se quedara con el bol.

— Está… interesante — dije con cuidado, tragando lo más rápido posible.

Evalie me miró con los ojos entrecerrados.

— "Interesante" es lo que dicen las personas que no quieren herir mis sentimientos pero tampoco quieren repetir el plato.

— ¡No! Quiero decir, sí, pero… — Intenté salvarme, pero Duke aprovechó mi distracción para lanzarse sobre el bol.

En un abrir y cerrar de ojos, la mitad de la masa había desaparecido, y Duke lamía sus bigotes con aire satisfecho.

— ¡DUKE! — gritó Evalie, mientras yo no podía contener la carcajada.

Sam apareció en ese momento, con el cabello despeinado y la expresión de alguien que aún no había tomado su primer café.

— ¿Qué está pasando aquí? — preguntó, mirando a Evalie, a mí y luego a Duke, que ahora llevaba una mezcla de masa y harina en su hocico.

— Tu perro acaba de sabotear mi receta ganadora de pan de maíz — dijo Evalie, cruzando los brazos — Espero que te guste lavar platos, porque este desastre es todo tuyo.

Sam soltó un suspiro y me lanzó una mirada acusadora.

— ¿Esto es tu culpa?

— ¿Cómo podría ser mi culpa? Yo solo probé una cucharada… ¡él hizo el resto! — respondí señalando a Duke, que, como buen perro, fingía total inocencia.

— Perfecto. Ahora mi perro es un crítico culinario. ¿Qué será lo próximo, un programa de cocina? — dijo Sam, tomando un trapo para empezar a limpiar.

Mientras él se encargaba del desastre, Evalie se acercó a mí con una mirada cómplice.

— ¿Sabes? Creo que deberíamos incluir a Duke en las promociones de tu pastelería. "Aprobado por el paladar más exigente de Billings".

— ¿Exigente? — respondí riendo — Si por él fuera, pondríamos zapatos en el menú y los devoraría.

Sam, que estaba de rodillas limpiando el piso, intervino.

— Si eso atrae clientes, yo estoy a bordo. Pero tendrán que pagar extra por el 'toque Duke'.

El resto de la mañana pasó en una mezcla de risas y bromas. Incluso Duke, a pesar de su travesura, terminó siendo el centro de atención cuando Sam decidió que necesitaba un baño después de su "degustación". Por supuesto, bañarlo resultó en un desastre aún mayor: agua por todo el patio, Sam empapado de pies a cabeza, y yo riendo tanto que terminé con un dolor en las mejillas.

En medio del caos, mientras Evalie intentaba recuperar su receta y Sam se secaba con una toalla, me di cuenta de la hora y fui corriendo a la pastelería, se me hacía tarde.

Los días en la pastelería habían adquirido un ritmo agradable. Aunque el trabajo seguía siendo intenso, las visitas de Sam, los consejos de Sharon, y los "incidentales" desastres culinarios de Duke mantenían todo interesante. Pero nada me preparó para lo que ocurrió una tarde soleada, mientras revisaba un pedido de cupcakes decorados.

Estaba terminando de arreglar una bandeja cuando la puerta se abrió, dejando entrar el repique de la campanilla. Al alzar la vista, me encontré con una figura familiar: el sheriff Evans, el padre de Grace. Su uniforme impecable contrastaba con la sonrisa cálida que solía llevar siempre.

— Sheriff Evans — saludé, sorprendida — ¿A qué debo el honor? ¿O debería preocuparme?

El sheriff rió, sacudiendo la cabeza.

— Nada de preocupaciones, Emma. Estoy aquí por algo mucho más festivo.

Dejó su sombrero en el mostrador, como si estuviera listo para una charla larga, y con un ademán me invitó a sentarme frente a él.

— Mi hija menor, Lucy, cumplirá 16 años la próxima semana. Y, como seguramente sabes, ella es una gran admiradora de tus postres.

Me quedé boquiabierta por un momento, procesando lo que acababa de escuchar.

— ¿Lucy quiere que haga el pastel de su cumpleaños?

— No solo eso. Quiere que tú hagas toda la mesa de dulces. Cupcakes, tartaletas, macarons... ¿cómo lo llaman ahora? ¿Una mesa de "postres instagrameables"?

No pude evitar reír. La hija menor del sheriff era conocida por su carácter dulce y, al parecer, por estar al tanto de las tendencias.

— Sería un honor, sheriff. Pero… ¿estás seguro de que quieres dejar algo tan importante en mis manos?

Él asintió con determinación.

— Emma, has cambiado este pueblo con tus postres. Si alguien puede hacerlo especial, eres tú.

Me sentí halagada, aunque también un poco nerviosa. Organizar una fiesta para la hija menor del sheriff significaba que todo el pueblo estaría pendiente de los resultados.

Durante los días siguientes, la pastelería se convirtió en un laboratorio creativo. Sharon y Sam, emocionados por la magnitud del evento, ofrecieron su ayuda. Sam incluso se presentó con un delantal que decía "Asistente oficial de pastelería".

— Esto es demasiado para ti — dijo burlón, poniéndose el delantal al revés — Pero no te preocupes, estoy aquí para ser tu héroe.

— Claro que sí, "héroe" — respondí, lanzándole una toalla.

Incluso Duke estaba "ayudando", aunque su ayuda consistía principalmente en intentar robar

cualquier pedazo de masa que caía al suelo.

Sharon, por su parte, se había vuelto mi principal crítica, asegurándose de que cada cupcake estuviera perfectamente decorado.

— Lucy tiene que recordar este cumpleaños por el resto de su vida — declaró, moviendo la cabeza mientras inspeccionaba una bandeja.

Todo parecía ir viento en popa, hasta que, dos días antes del evento, ocurrió el desastre.

Había dejado el pastel de tres pisos en el mostrador de la pastelería para que se enfriara antes de decorarla. Era una obra de arte: capas perfectas, un relleno cremoso, y una base sólida. Pero, por alguna razón, a Duke no le pareció suficiente.

Entré a la pastelería después de revisar unos pedidos en el almacén, solo para encontrar a Duke con la pata sobre la mesa, lamiendo con entusiasmo el costado de la torta.

— ¡DUKE! — grité, congelada en mi lugar.

El perro me miró, inocente como siempre, con crema en el hocico y un pedazo de pastel pegado a la oreja.

Sam llegó corriendo al escuchar el grito. Al ver la escena, soltó una carcajada tan fuerte que tuvo que apoyarse en la pared para no caerse.

— Bueno, al menos alguien aprueba tu trabajo, ¿no? — dijo entre risas.

— ¡Esto no es gracioso, Sam! ¡Es el pastel de Lucy!

— Tranquila, Emma. Haremos otra. Esta vez pondremos a Duke bajo arresto domiciliario.

Sharon entró en ese momento, vio el desastre y simplemente sacudió la cabeza.

— Voy a buscar más harina. Esto va a ser largo.

Con el apoyo de todos, logramos rehacer el pastel a tiempo. El día de la fiesta, Lucy y su familia quedaron encantados con la mesa de postres, bueno, no todos Grace los miraba con cierto recelo. Cada cupcake, tartaleta y macaron fue un éxito rotundo.

Mientras la música sonaba en el jardín de los Evans, me acerqué a Sam, que sostenía a Duke con una correa improvisada de cinta para envolver regalos.

— ¿Sabes? — dije con una sonrisa — Esto podría haber sido un desastre, pero al final salió perfecto.

Sam me miró con ternura, sosteniendo mi mano por un momento.

— Eso es porque tienes un equipo que siempre te respalda, Emma. Incluso si ese equipo incluye a un ladrón de pasteles.

No pude evitar reír mientras Duke ladraba, como si supiera que estábamos hablando de él. Con el éxito rotundo de la fiesta de cumpleaños de Lucy, el pueblo entero parecía hablar de la increíble mesa de postres que había hecho para la familia del sheriff. Sin embargo, no todos parecían tan encantados. Mientras me dirigía a la mesa para recoger los restos de la fiesta, me encontré con Grace a solas.

Grace siempre había sido un poco… difícil. Aunque era amable en la superficie, sus comentarios siempre parecían tener una carga extra, como si quisiera demostrar que era más madura, más inteligente, o simplemente más importante que todos los demás. No era una persona fácil de agradar, la tensión en el aire era palpable.

— Emma, tienes una habilidad increíble para hacer que todo se vea perfecto, ¿verdad? — comentó Grace, con una sonrisa que no llegaba a los ojos. Estaba sentada en una silla junto a la mesa, observando como el resto de los invitados bailaban y reían.

Pude notar el tono en su voz, ese que siempre usaba cuando quería parecer educada pero no lo estaba.

— Gracias, Grace — respondí, intentando no parecer demasiado tensa — Me alegra que te

haya gustado.

Ella me miró de arriba abajo, como si estuviera evaluando algo más que mis habilidades para la repostería.

— Aunque, sinceramente, creo que podrías haberte esmerado un poco más. ¿No?

Sentí cómo mi rostro se tensaba. Mi sonrisa se desvaneció ligeramente, pero intenté mantener la calma.

— No entiendo qué quieres decir, Grace. Los invitados parecían contentos.

— Sí, claro, todos estaban encantados. Excepto mi madre. — Grace hizo una pausa, y sus ojos se entrecerraron un poco, casi como si estuviera disfrutando de la incomodidad que estaba creando —. Mamá pensaba que tal vez no era lo que esperábamos. O que había un "exceso de color", ¿no te parece?

— ¿"Exceso de color"? — pregunté, frunciendo el ceño. ¿Qué demonios significaba eso?

Grace se encogió de hombros, como si no fuera nada importante. Pero la mirada que me dio era todo lo contrario.

— Bueno, ya sabes, a veces los detalles en exceso pueden distraer. Yo, personalmente, habría ido por algo más… minimalista.

Mi paciencia empezó a agotarse. No solo porque sabía que estaba jugando a hacerme sentir mal, sino porque no podía entender qué estaba buscando realmente.

— ¿Minimalista? — repetí, intentando contenerme. — ¿Quieres decir, como los pasteles aburridos que ves en los restaurantes de lujo? Porque si es así, creo que tendrías que decirle eso a la mayoría de la gente que vino hoy, Grace.

Vi cómo su rostro se endurecía por un momento. Algo en mis palabras la había tocado, pero no me dio tiempo a reaccionar. Ella cambió rápidamente de tema, pero no con el mismo tono amistoso de antes.

— Quizá tengas razón — dijo con una sonrisa forzada — Tal vez no entiendo mucho de eso. Solo estaba pensando en lo que diría mamá. Pero claro, tú eres la experta.

Me sentí incómoda, como si hubiera caído en una trampa de palabras. Grace no estaba buscando conversación, estaba buscando desestabilizarme.

Antes de que pudiera decir algo más, el sonido de los perros ladrando me distrajo. Miré rápidamente hacia la esquina, donde Duke había comenzado a perseguir a otro perro que había llegado a la fiesta. Su entusiasmo por hacer nuevos amigos no era precisamente bien recibido.

Grace me siguió la mirada y, como era de esperar, soltó una risa burlona.

— Vaya, parece que Duke no tiene modales. Seguro que de eso también te encargarás tú, ¿no? — dijo, con una mirada de superioridad.

—Sí, claro — respondí, forzando una sonrisa — Al menos tengo un perro que no me critica en cada oportunidad que tengo.

Ella se quedó en silencio un momento, sus ojos finalmente mostrando un atisbo de algo cercano a la irritación. Por primera vez, sentí que algo de esa conversación había tocado un nervio. Pero, como siempre, Grace se apresuró a disimularlo.

— Supongo que te estoy tomando demasiado en serio, ¿no? — dijo con un tono más relajado, aunque con la misma dosis de sarcasmo — Es solo que a veces, no entiendo cómo alguien como tú, tan… alegre y espontánea, puede estar en el mismo lugar que alguien como yo.

Mi mandíbula se tensó, y solo pude soltar una risa amarga.

— No te preocupes, Grace — respondí finalmente — Lo mío es hacer pasteles, no tratar de entender a las personas.

Antes de que ella pudiera responder, me di media vuelta y caminé hacia donde Sam, que me

había estado observando desde lejos. Sabía que estaba intentando darme un poco de espacio, pero también percibí en su rostro una expresión de molestia por lo que acababa de ocurrir.

— ¿Todo bien? — preguntó, al notar mi expresión.

Suspiré y me senté a su lado.

— Sí, solo un pequeño roce con Grace. No sé qué le pasa, pero no puedo soportar su forma de hablar. Siempre tiene que hacer comentarios como si estuviera evaluando todo lo que hago.

Sam me miró con una leve sonrisa.

— Lo sé, es un poco… ¿intensa? Pero no te preocupes, Emma. Ella tiene su forma rara de mostrarse, pero al final, sabes que siempre se refiere a ti con respeto. Aunque sea de una forma… peculiar.

Me sentí un poco mejor, pero la incomodidad de la conversación con Grace seguía pesando en mi pecho. Al menos, sabía que no tenía que lidiar con ella por mucho tiempo. Lucy, por otro lado, me miraba desde lejos con una sonrisa agradecida, y eso bastaba para que todo el estrés del día se desvaneciera un poco.

Tarde o temprano, tendría que enfrentar nuevamente a Grace. Y, cuando lo hiciera, quizás no fuera tan fácil ignorar sus comentarios.

Capítulo 12

Los días después de la fiesta de Lucy se convirtieron en una montaña rusa en la pastelería. Lo que comenzó como un negocio tranquilo y rutinario ahora parecía estar en pleno auge, gracias a los comentarios efusivos de los habitantes de Billings.

Cada vez que alguien abría la puerta de la tienda, un murmullo de emoción recorría el lugar. Los clientes no solo venían a comprar, sino que también traían historias de lo que habían escuchado.

— Emma, ¡mi hermana en el condado vecino me llamó para preguntarme por tus postres! — dijo la señora Williams, mientras recogía una caja de mini cupcakes.

— Y no te imaginas lo que le dije: “Es como si un ángel horneara con sus propias manos”.

Tuve que reprimir una risa nerviosa mientras agradecía el cumplido.

A la hora del almuerzo, un pequeño grupo se había formado en una de las mesas junto a la ventana. Eran los típicos “observadores” del pueblo: las personas que siempre estaban al tanto de todo lo que ocurría. Los escuché hablando animadamente mientras mordisqueaban unas galletas de chocolate con trozos de caramelo.

— Dicen que hasta el alcalde pidió una docena de esos macarons para su esposa.

— ¿Y escuchaste sobre los Wolf? Están pensando en contratarla para la boda de su hija en primavera.

Una sensación de orgullo y nerviosismo me invadió. Por un lado, era emocionante ver cómo mi trabajo empezaba a tener tanto impacto. Por otro lado, la presión de cumplir con las expectativas me hacía sentir como si estuviera caminando sobre una cuerda floja.

En medio de todo, Sam y Sharon también estaban disfrutando del caos. Sam había encontrado su lugar ayudándome en la parte trasera, organizando los pedidos y asegurándose de que todo estuviera en su lugar.

— ¿Otro pedido grande? — preguntó, mientras anotaba en su libreta.

— Tres docenas de tartaletas de limón para la señora Carter — respondí, con las manos cubiertas de harina.

Sharon, por su parte, se había convertido en una especie de anfitriona no oficial de la pastelería. Su personalidad burbujeante y su habilidad para conectar con las personas la hacían

perfecta para recibir a los clientes.

— ¡Bienvenidos a Pasteles de Emma! ¿Han probado nuestras galletas de avena? Están tan frescas que casi puedes escuchar al horno aplaudir de alegría — bromeó, mientras entregaba un menú a una pareja de ancianos.

Pero el verdadero clímax del día llegó cuando Duke, mi fiel (y desastroso) perro, decidió hacer una de sus famosas entradas. Había estado en la parte trasera, pero de alguna manera logró abrir la puerta y entró corriendo al área principal con una baguette robada entre los dientes.

— ¡Duke! — grité, mientras todos los clientes estallaban en carcajadas.

Sam trató de atraparlo, pero Duke era demasiado rápido. Sharon, sin perder el ritmo, aprovechó la oportunidad para convertir el desastre en un espectáculo improvisado.

— ¡Señoras y señores! Presentamos al ladrón de pan más adorable de Billings. Por favor, un aplauso para Duke, el perro más talentoso de Montana.

Las risas y los aplausos llenaron la pastelería, y por un momento olvidé todo el estrés de los últimos días.

Cuando finalmente logré recuperar la baguette (aunque mordisqueada), me di cuenta de algo importante: las personas no solo venían por los postres, venían por la experiencia. La pastelería se estaba convirtiendo en el corazón del pueblo, un lugar donde los dulces eran solo una parte de la magia.

Al cerrar la tienda esa noche, Sam se acercó con una sonrisa.

— Emma, ¿te das cuenta de lo que estás haciendo aquí? No solo estás horneando. Estás creando algo mucho más grande.

Miré alrededor, viendo las mesas vacías pero llenas de los ecos de risas y conversaciones del día.

— Sí — dije, con una sonrisa —. Y no puedo esperar a ver qué pasa después.

Y aunque sabía que los días por venir estarían llenos de desafíos, también sabía que Billings había encontrado un lugar para mi pastelería en su corazón. ¿Y yo? Yo estaba exactamente donde necesitaba estar.

El brillo de aquel día, con su bullicio y alegría, se desvaneció cuando sonó mi teléfono justo al cerrar la tienda. Reconocí el número de Sharon en la pantalla y contesté de inmediato. Su voz, tensa y rápida, me puso alerta.

— Emma, tu mamá… se ha caído otra vez. Está en el hospital. Parece que es algo grave.

Sentí que el aire se me escapaba mientras apretaba el teléfono contra mi oído.

— Voy para allá — respondí sin pensarlo, dejando las llaves de la pastelería sobre el mostrador.

Sam, que todavía estaba limpiando una de las mesas, levantó la vista al verme tan pálida.

— ¿Qué pasa? — preguntó, dejando el trapo a un lado.

— Es mi mamá — dije, con la voz temblorosa —. Tuvo otra caída. Está en el hospital.

Sin necesidad de más explicaciones, Sam tomó las llaves del coche y me llevó hasta el hospital más cercano, de hecho es el único hospital del pueblo.

Durante el trayecto, el silencio se instaló entre nosotros, roto solo por mi respiración acelerada.

Cuando llegamos, Sharon estaba esperándome en la sala de espera. Su rostro preocupado confirmó lo que ya temía.

— Está estable, pero parece que se fracturó la cadera. Necesitará cirugía.

Las palabras resonaron en mi cabeza mientras intentaba mantener la calma. Entré a la habitación donde estaba mi mamá, recostada en la cama, con el rostro pálido pero intentando

sonreír al verme.

— Ah, Emma, no hagas ese drama. No es nada que no pueda manejar — dijo, aunque su voz era débil.

Me acerqué y tomé su mano, luchando contra las lágrimas.

— Mamá, esto es serio. Tienes que dejarme ayudarte.

Ella suspiró, dejando caer la cabeza sobre la almohada.

— Siempre he sido buena para esconder mis achaques, ¿verdad? Pero parece que esta vez mi cuerpo decidió que ya era suficiente.

La conversación fue interrumpida por la llegada del médico, quien explicó el procedimiento que necesitaba. La cirugía era urgente, pero no estaba exenta de riesgos debido a su edad.

— La recuperación será larga, pero con fisioterapia y cuidados adecuados, debería estar bien — aseguró, aunque las palabras "debería estar bien" pesaron en mi pecho como una losa.

De regreso en la sala de espera, me senté junto a Sharon y Sam, intentando asimilar lo que acababa de suceder.

Sharon puso una mano sobre mi hombro.

— Emma, lo superará. Tu mamá es más fuerte de lo que parece.

Sam, siempre pragmático, añadió:

— Tienes que estar preparada para lo que viene. Esto no será fácil, pero no tienes que enfrentarlo sola.

— La pastelería… — empecé a decir, pero Sam me interrumpió.

— Nos encargaremos de eso. Sharon y yo podemos manejarlo por unos días.

La mención de la pastelería me recordó lo mucho que había avanzado, pero también cuánto necesitaba equilibrar mis prioridades.

Esa noche, mientras observaba a mi mamá dormitar en su cama de hospital, me di cuenta de algo importante: siempre había intentado ser autosuficiente, convencida de que podía con todo. Pero esta vez, sabía que no podía hacerlo sola.

Las luces del hospital eran demasiado brillantes, y el silencio, inquietante. El sonido de las máquinas monitoreando los signos vitales de mi mamá marcaba el tiempo como un metrónomo constante, cada pitido perforaba mis pensamientos. Estaba sentada junto a su cama, observando cómo su pecho subía y bajaba lentamente. Su expresión, incluso en reposo, reflejaba el cansancio de los últimos días.

De repente, un movimiento rápido en el pasillo captó mi atención. Me giré hacia la puerta entreabierta y vi pasar a Grace, la hermana de Lucy y ex de Sam. Estaba hablando con alguien que no reconocí, su tono bajo pero intenso. Mi ceño se frunció de inmediato.

¿Qué hacía aquí? ¿Por qué parecía tan nerviosa?

Me levanté lentamente, dejando a mi mamá descansando, y salí al pasillo. Grace notó mi presencia y rápidamente terminó su conversación, despidiéndose con un movimiento brusco de la mano antes de girarse hacia mí.

— ¿Emma? — dijo con una sonrisa que no alcanzaba a sus ojos —. Qué sorpresa verte aquí.

— ¿Grace? — respondí, confusa —. ¿Qué haces en el hospital?

Ella titubeó, claramente buscando una excusa convincente.

— Oh, solo… visitando a un amigo. Ya sabes, cosas de la vida.

Había algo en su tono que no cuadraba, pero antes de que pudiera presionarla, su mirada se desvió detrás de mí. Me giré para ver a Sam acercándose con dos cafés en la mano. Su rostro, relajado al principio, se tensó al ver a Grace.

— Grace — dijo con tono seco, entregándome un café y plantándose a mi lado como si

quisiera marcar territorio.

— Sam — respondió ella, con un toque de burla en su voz —. Qué casualidad encontrarte aquí.

La tensión entre ellos era palpable, Sam mantuvo su mirada fija en ella, pero Grace parecía disfrutar del momento incómodo.

— Bueno, será mejor que me vaya — dijo finalmente, con una sonrisa que dejaba una pizca de veneno en el aire —. Espero que tu mamá se recupere pronto, Emma. Y tú, Sam… cuídate.

La vi alejarse, sus tacones resonando en el suelo del pasillo.

— ¿Qué fue eso? — pregunté, volviéndome hacia Sam.

Él suspiró, pasándose una mano por el cabello.

— Grace siempre ha sido buena para meterse en donde no la llaman. Pero no te preocupes, no vale la pena.

— ¿Seguro? Porque no parecía una simple visita casual al hospital — dije, sintiendo que había más de lo que Sam estaba dispuesto a decirme.

Antes de que pudiera presionarlo más, mi teléfono vibró en mi bolsillo. Era el médico. Contesté rápidamente, y sus palabras hicieron que mi corazón se detuviera.

— Señorita Fischer, necesitamos que venga a hablar sobre la cirugía de su madre. Ha surgido una complicación.

Las palabras golpearon como un balde de agua fría. Miré a Sam, que ya estaba alerta al ver mi expresión.

— ¿Qué pasa? — preguntó con seriedad.

— Es mamá… algo no va bien — susurré, sintiendo que el mundo a mi alrededor comenzaba a girar más rápido de lo que podía controlar.

Sin decir nada más, Sam tomó mi mano y me condujo hacia la oficina del médico. En ese momento, los murmullos sobre Grace y cualquier otra cosa pasaron a un segundo plano. Solo podía pensar en mi mamá y en lo que nos esperaba al otro lado de esa puerta.

Capítulo 13

La oficina del médico era pequeña y fría, con una silla acolchada que hacía todo lo contrario a ofrecer confort. Me senté frente a él, con Sam a mi lado, su presencia un ancla en medio del caos que empezaba a tomar forma en mi mente. El doctor ajustó sus gafas y me miró con una mezcla de compasión y gravedad que no auguraba buenas noticias.

— Señorita Fischer — comenzó, con tono profesional pero amable —, la fractura de cadera de su madre es más complicada de lo que esperábamos. Hay daño en los tejidos circundantes y, debido a su edad y antecedentes médicos, existe un riesgo significativo durante la cirugía.

Sentí como si el aire fuera arrancado de mis pulmones. Me esforcé por mantener la compostura, pero mis manos temblaban visiblemente.

— ¿Riesgo de qué? — pregunté, mi voz apenas un susurro.

El doctor se inclinó ligeramente hacia adelante, cruzando las manos sobre el escritorio.

— Riesgo de complicaciones postoperatorias graves, incluida la posibilidad de que necesite rehabilitación a largo plazo. Además, existe un pequeño riesgo de que no supere la cirugía, aunque haremos todo lo posible para minimizarlo.

No pude responder de inmediato. Las palabras del doctor parecían flotar a mi alrededor, pesadas e imposibles de procesar.

— Emma — intervino Sam, su voz firme pero calmada —, ¿quieres que hablemos con tu madre antes de tomar una decisión?

Asentí, incapaz de articular una respuesta más elaborada. El doctor acordó llevarnos a la habitación de mi mamá para explicarle la situación, dejando en nuestras manos la decisión final.

Cuando entramos, ella estaba despierta, sus ojos cansados pero llenos de esa terquedad que siempre había definido su carácter. Sabía que odiaba verse en una cama de hospital, dependiente de otros, pero intentaba mantener la frente en alto.

— ¿Qué dijo el médico? — preguntó, su tono directo como siempre.

— Mamá… hay algunos riesgos con la cirugía — comencé, sentándome junto a ella —. Pero es la mejor opción para que te recuperes.

Ella asintió lentamente, procesando la información.

— Emma, siempre he confiado en ti para tomar las decisiones difíciles — dijo con una pequeña sonrisa que apenas ocultaba su preocupación —. Haz lo que creas mejor.

La presión sobre mis hombros se intensificó, pero su confianza me dio el impulso que necesitaba.

— Vamos a proceder con la cirugía — anuncié finalmente, mirando al doctor que había entrado tras nosotros —. Pero necesito que me prometan que harán todo lo posible por cuidarla.

El doctor asintió solemnemente.

— Por supuesto.

Horas más tarde, mientras esperábamos en la sala, la tensión era casi insoportable. Sam intentó distraerme hablando sobre Duke, pero apenas podía concentrarme. Fue entonces cuando Sharon apareció, cargando una enorme caja de galletas.

— ¿Quién necesita una buena dosis de azúcar para calmar los nervios? — preguntó con una sonrisa.

— ¿Galletas? ¿En un hospital? — bromeó Sam, aceptando una mientras ella rodaba los ojos.

— Específicamente horneadas en tu pastelería favorita — respondió, dirigiéndose a mí —. Además, traigo noticias: Duke acaba de aprender a abrir la puerta trasera de mi casa. La próxima vez que te visite, Emma, probablemente venga sin invitación.

La mención de Duke arrancó una risa nerviosa de mis labios, y Sam se unió al momento.

— Ese perro va a terminar siendo alcalde de este pueblo antes que nosotros lo sepamos — dijo Sam con una sonrisa torcida.

Sharon lo miró fijamente, como si evaluara su comentario, antes de asentir con seriedad fingida.

— Es un plan plausible. Deberíamos considerarlo.

La conversación ligera no borró completamente mi ansiedad, pero ayudó a aliviarla, al menos por unos momentos.

Cuando el médico finalmente regresó con noticias sobre la cirugía, me puse de pie de un salto, con el corazón en la garganta.

— La operación fue un éxito — dijo, con una pequeña sonrisa que no podría haber significado más para mí —. Su madre está estable y en recuperación.

El alivio se derramó sobre mí como una ola, y antes de darme cuenta, Sam me abrazó con fuerza. Sentí lágrimas calientes rodando por mis mejillas, pero esta vez no eran de miedo, sino de esperanza.

Miré a Sharon, quien levantó una galleta en señal de celebración.

— Sabía que iban a necesitar estas. ¿Ven? Siempre estoy preparada.

Por primera vez en días, reí sin reservas, dejando que el peso de la incertidumbre comenzará a desvanecerse.

El sol de la tarde comenzaba a filtrarse por las ventanas de la habitación del hospital,

dibujando suaves haces de luz que parecían acariciar el rostro de mi mamá mientras dormía profundamente tras la cirugía. Verla así, tranquila y descansando, era todo lo que necesitaba para que mi pecho se deshiciera del nudo de tensión que había estado apretándolo.

Sam estaba sentado junto a mí, con las piernas estiradas y los brazos cruzados detrás de la cabeza, como si la silla de plástico fuera el asiento más cómodo del mundo.

— Nunca pensé que diría esto, pero este café de hospital no está tan mal — comentó, alzando el vaso de poliestireno con un gesto exagerado de sofisticación.

Lo miré, arqueando una ceja.

— ¿De verdad? O tu paladar está peor de lo que imaginaba, o esto es tu forma peculiar de distraerme.

— Ambas cosas pueden ser ciertas — respondió con una sonrisa.

Antes de que pudiera replicar, la puerta se abrió con un chirrido, y Sharon entró con una bolsa de papel que claramente no pertenecía al hospital.

— ¡Sorpresa! — canturreó, colocando la bolsa en la pequeña mesa frente a mí —. Sé que la comida de aquí no es precisamente gourmet, así que pasé por la pastelería y traje algo decente.

Al abrir la bolsa, el olor a pastel de chocolate recién horneado llenó el aire, haciendo que mi estómago rugiera audiblemente.

— Sharon, eres un ángel caído del cielo — dije, tomando un pedazo del pastel y llevándolo a mi boca. La explosión de sabores fue suficiente para arrancarme un suspiro de satisfacción.

— Siempre a tus órdenes, jefa — respondió, haciendo una exagerada reverencia antes de sentarse en la silla que quedaba libre.

Sam la miró con fingida sospecha.

— ¿Y para mí no hay nada? — preguntó Sam haciendo un puchero.

— Claro que sí, pero primero tienes que admitir que Duke es más inteligente que tú — respondió Sharon muy seria.

— Nunca voy a decir eso -— sentenció Sam.

— Entonces nada para ti — dijo riendo Sharon.

La discusión amistosa entre ellos me arrancó una sonrisa genuina. Era como si, por unos minutos, todo el estrés y la preocupación se hubieran quedado fuera de esa habitación.

— Gracias, chicos — dije finalmente, mirando a ambos —. Por estar aquí, por hacerme reír cuando más lo necesito.

Sam inclinó la cabeza hacia un lado, con esa expresión medio burlona, medio tierna que había aprendido a reconocer.

— Siempre. Aunque Sharon sea quien realmente se lleva el crédito por las risas.

— Eso es obvio — respondió ella, con una sonrisa triunfante.

El resto de la tarde transcurrió en un cálido remanso de tranquilidad. Mi mamá despertó brevemente, lo suficiente para sonreírme y asegurarme que se sentía mejor antes de volver a dormirse. Y aunque el hospital no era precisamente el lugar más acogedor, con ellos a mi lado, se sentía un poco menos frío y mucho más llevadero.

Cuando finalmente regresé a casa esa noche, Sam insistió en acompañarme. Estaba exhausta, pero también aliviada. La idea de dormir en mi cama, aunque fuera solo por unas horas, me parecía un regalo del universo.

Al abrir la puerta, Duke estaba esperándonos, moviendo la cola como loco y sosteniendo en su boca algo que no debería tener.

— ¡Duke, no! — grité al darme cuenta de que era uno de mis delantales favoritos.

Sam estalló en carcajadas mientras intentaba quitárselo.

— Creo que quiere unirse al equipo de la pastelería.

— Bueno, si aprende a usar una batidora, le doy trabajo — respondí, rodando los ojos pero incapaz de contener una sonrisa.

Me dejé caer en el sofá, abrazada por la calidez del hogar. Por primera vez en días, me sentí en paz. A mi alrededor tenía a las personas que más me importaban, con un suspiro, cerré los ojos y dejé que la calma me envolviera.

Capítulo 14

El día en la pastelería había comenzado con calma. Los rayos de sol iluminaban los mostradores, el aroma del café recién hecho se mezclaba con el dulce perfume de los pasteles horneados esa mañana, y los clientes se tomaban su tiempo para disfrutar del ambiente.

Estaba decorando un pastel de bodas con delicados bordes de crema, concentrada en cada movimiento, cuando la campanilla de la puerta tintineó. Sin levantar la vista, saludé automáticamente.

— Bienvenidos a la pastelería de Emma. ¿En qué puedo ayud —?

El resto de la frase murió en mi garganta al verlo. Lucas.

Sí, ese Lucas.

El mismo que, hace años, había decidido que "seguir su propio camino" significaba romper conmigo a través de un mensaje de texto justo antes de mi cumpleaños. El mismo que ahora estaba parado frente a mí con una sonrisa que hubiera podido derribar muros, si no fuera porque yo había reforzado los míos con concreto emocional de alta resistencia.

— Hola, Emma. — Su voz, esa mezcla de arrogancia y falsa calidez, me dio escalofríos.

— Oh, wow. Lucas. Qué… sorpresa. — Dejé la manga pastelera sobre la mesa con más fuerza de la necesaria haciendo que algunos centímetros de crema salieran esparcidas por la mesa en dónde estaba trabajando.

Él pareció no notar la ironía en mi tono y avanzó hacia el mostrador con las manos en los bolsillos, como si no tuviera un historial de ser un absoluto desastre humano.

— Tu pastelería está increíble. Siempre supe que lograrías cosas grandes.

— Ajá. ¿Y qué te trae por aquí? ¿Un pedido urgente de pastel "perdón por ser un idiota"? Porque creo que tengo una receta para eso.

Sam, que estaba acomodando cajas detrás del mostrador, no pudo contener una risa ahogada. Sharon, por supuesto, no fue tan discreta y se carcajeó en voz alta desde la cocina.

Lucas, con una sonrisa que ya estaba empezando a irritarme, negó con la cabeza.

— No vine a discutir. Solo quería verte. Han pasado años, y… bueno, he estado pensando mucho en nosotros.

— ¿En *nosotros*? — Repetí, incrédula —. Lucas, la última vez que pensaste en "nosotros" fue cuando decidiste que un mensaje de texto era una forma madura de terminar una relación.

Él alzó las manos en un gesto conciliador.

— Lo sé, lo sé. Me equivoqué. Pero he cambiado, Emma. He crecido.

— ¿Crecido? ¿Como un hongo? Porque sinceramente… — Hice una pausa, dejándolo en el aire lo suficiente para que su sonrisa comenzara a flaquear —. Mira, Lucas, no sé qué tipo de redención buscas aquí, pero mi vida está muy bien sin ti, gracias.

Duke, como si pudiera percibir mi irritación, se sentó junto a mí y dejó escapar un gruñido bajo.

— Incluso Duke está de acuerdo — intervino Sam desde el fondo, fingiendo interés en una caja, pero claramente disfrutando del espectáculo.

Lucas suspiró, como si él fuera la víctima en esta historia.

— Emma, no estoy aquí para hacerte enojar. Solo quería… — Hizo una pausa, probablemente para encontrar las palabras adecuadas, pero yo no estaba de humor para esperar.

— Si realmente no quisieras hacerme enojar, no estarías aquí. Ahora, si no tienes una razón legítima para estar en mi pastelería, te sugiero que salgas por esa puerta antes de que Duke decida probar tus habilidades para correr.

Lucas se quedó ahí por un momento, como si estuviera considerando qué decir. Finalmente, asintió con una sonrisa amarga.

— De acuerdo. Pero si cambias de opinión, sabes dónde encontrarme.

— Dudo mucho que lo haga.

Lo vi salir, y el silencio que dejó fue como una bocanada de aire fresco. Sharon apareció por la puerta de la cocina con una espátula en la mano, todavía riendo.

— Ese tipo tiene la sutileza de un ladrillo.

— Más bien de una cacerola cayendo por las escaleras — añadió Sam.

Sacudí la cabeza, intentando deshacerme del enojo.

— No sé si estoy más molesta por su audacia o porque ahora tengo que volver a concentrarme en ese pastel.

Sharon me dio una palmadita en el hombro antes de regresar a la cocina.

— Déjalo. Nadie arruina un pastel de bodas en La Pastelería de Emma. Ni siquiera un ex como ese.

Tomé la manga pastelera y respiré hondo. Tenían razón. Lucas podía haber entrado intentando desestabilizarme, pero lo único que había logrado era recordarme cuánto mejor estaba mi vida sin él.

Con un último vistazo al pastel, una sonrisa se dibujó en mi rostro. Tal vez Lucas necesitaba crecer, pero yo ya había crecido. Y, francamente, mi camino no incluía idiotas con sonrisas arrogantes.

Capítulo 15

Terminé el pastel de bodas con precisión casi obsesiva, pero mi mente estaba en otro lugar. Mientras las flores de crema tomaban forma, los recuerdos de Lucas — y el desastre que fue nuestra relación — empezaron a surgir, como un mal pastel que se niega a hornearse bien sin importar cuánto lo intentes.

— ¿Qué pasa por esa cabecita, Em? — preguntó Sharon, que se asomó por la puerta de la cocina mientras mordisqueaba un pedazo de brownie.

— Oh, nada. Solo estaba recordando cómo mi ex decidió que era buena idea romper conmigo por mensaje de texto el día de mi cumpleaños. Realmente marcó el estándar de cómo *no* debería ser un ser humano.

Sharon se echó a reír tan fuerte que casi escupió el brownie. Sam, que estaba detrás del mostrador, levantó una ceja.

— ¿Por mensaje? Wow, eso es… valiente. O completamente estúpido.

— Probablemente ambos — dije, soltando la manga pastelera y suspirando.

— Entonces, ¿cómo empezó todo con él? — preguntó Sam, inclinándose sobre el mostrador como si estuviera a punto de escuchar el último chisme de la semana.

— ¿Cómo empezó? Bueno… — Apoyé las manos en las caderas, dejando que mi mente retrocediera a los días de la universidad en Nueva York.

Había llegado a la ciudad con los ojos brillando y un sueño: convertirme en chef pastelera en

una de las capitales culinarias del mundo. Entre clases agotadoras y turnos eternos en una pastelería francesa, conocí a Lucas. Era encantador, con esa sonrisa fácil y un aire de "sé exactamente lo que hago", aunque después quedó claro que no tenía idea de nada.

Nos conocimos en una cafetería cerca del campus, cuando accidentalmente derramó su café sobre mi cuaderno de recetas.

— ¡Oh, Dios mío! ¡Lo siento tanto! — dijo, con una expresión que parecía genuina.

— No te preocupes. Solo eran las notas de un proyecto que decidirá si me gradúo dentro de 3 años o no — respondí con sarcasmo, mientras intentaba salvar las páginas manchadas de café.

Él se rió, pensando que era broma. No lo era.

De alguna manera, esa primera interacción llevó a citas improvisadas entre mis turnos en la pastelería y sus estudios de... ¿qué era, ingeniería? No, *arte conceptual*. Claro, porque *obviamente* ese tipo necesitaba más clichés en su vida.

— ¡Arte conceptual! — exclamó Sharon desde la cocina —. Eso lo explica todo.

— Exacto. Y, en ese momento, parecía tan apasionado, tan enfocado en sus metas. Resulta que su mayor meta era jugar videojuegos todo el día y dejarme resolver la vida por ambos.

Sam soltó una carcajada.

— ¿Y cómo fue lo del mensaje de texto?

Suspiré, apoyando los codos en el mostrador.

— Fue mi cumpleaños. Estaba esperando verlo porque me había prometido una "gran sorpresa". Y bueno, lo que recibí fue un mensaje que decía: *'Emma, necesito enfocarme en mí mismo. Creo que es mejor si seguimos caminos separados. Feliz cumpleaños, por cierto.'*

El silencio cayó en la pastelería, roto solo por el sonido del temporizador de la cocina.

— ¡Espera! — dijo Sharon, secándose una lágrima de risa —. ¿De verdad incluyó *'feliz cumpleaños'* en el mensaje de ruptura?

— Sí. Porque nada dice "soy un imbécil" como arruinar el día de alguien y luego pretender que hiciste algo amable.

Sam negó con la cabeza, tratando de contener la risa.

— Ese tipo es una obra de arte conceptual fallida.

De regreso en Nueva York, después de ese mensaje, pasé la noche de mi cumpleaños llorando y comiendo helado con una cuchara.

Sharon se cruzó de brazos, con una ceja levantada, mirando hacia el escaparate de la pastelería donde Lucas se había atrevido a quedarse, como si fuera un cliente cualquiera y no el villano de mi biografía no autorizada.

— ¿Sabes? Me pregunto cómo alguien puede tener la audacia de entrar aquí después de mandar un "feliz cumpleaños" en un mensaje de ruptura. Es casi admirable. *Casi*.

— Es un don — dijo Sam desde el mostrador, mientras organizaba un lote de galletas —. Un don de ser completamente insensible y, probablemente, un idiota funcional.

— ¡Eso! — dijo Sharon, señalándolo —. Un genio del mal emocional.

— ¿Creen que me escucha desde aquí? — pregunté, tratando de mantenerme firme mientras mi corazón latía con fuerza.

— ¿Te importa? — Sam me lanzó una mirada cómplice —. Porque yo no estoy susurrando.

No pude evitar reírme. Era un sonido ligero, como si mi cuerpo estuviera probando si aún sabía cómo hacerlo después de la tensión de los últimos minutos.

— ¡Vamos, Sam! — dijo Sharon, exagerando su tono como si fuera parte de una obra de teatro —. Seguro que él solo quería venir a *encontrarse a sí mismo* otra vez, justo como cuando dejó a Emma porque necesitaba espacio para "enfocarse en sí mismo".

— ¿Sabes? Podríamos venderle un cupcake y escribirle *'buen viaje'* con glaseado encima — añadió Sam con una sonrisa maliciosa.

— O mejor aún, uno que diga *'bloqueado en todas las redes sociales'* — dijo Sharon, chocando los cinco con Sam.

Me llevé una mano a la frente, tratando de ocultar una risa más fuerte.

— Ustedes son terribles.

— ¿Terribles? — replicó Sharon, con una expresión dramática —. ¡No, Emma, somos tus vengadores personales! ¿Quién se atreve a interrumpir tu paz mientras estás aquí, construyendo un imperio de postres y pastelitos, después de todo lo que pasaste?

En ese momento, Sam se inclinó hacia mí, apoyándose casualmente en el mostrador.

— Si necesitas que lo saque de aquí, puedo usar mis dotes de *persuasión*.

Lo miré con una mezcla de incredulidad y diversión.

— ¿Tus dotes de persuasión? ¿Qué planeas hacer, Sam? ¿Encantarlo con una sonrisa hasta que salga corriendo?

Él sonrió de lado, ese tipo de sonrisa que podría derretir chocolate, y sus ojos chispearon.

— Funciona contigo, ¿no?

Mi corazón dio un salto, y mi cerebro decidió que era un buen momento para cortocircuitarse. Me sentí como si acabara de tomar una cucharada de ganache: cálida, dulce y un poco fuera de lugar.

— Por favor — intervino Sharon, rompiendo el momento —. Si Emma necesita algo, no es tu sonrisa. Es probablemente una espátula gigante para aplastar su cara.

— ¡Sharon! — dije, tratando de sonar indignada mientras ambas rompíamos a reír.

Mientras tanto, Lucas, al otro lado de la pastelería, parecía percatarse de que su presencia no era bienvenida. Intentó acercarse de nuevo al mostrador, pero Sam dio un paso hacia adelante, cruzándose de brazos como un guardián de pastelerías.

— ¿Necesitas algo, amigo? — dijo Sam, con su tono educado pero con la suficiente firmeza para marcar territorio.

Lucas se detuvo, mirándome como si esperara que interviniera. Pero no lo hice. Por primera vez, no sentí la necesidad de justificarme o suavizar las cosas.

Sharon se acercó a mí y me susurró:

— Mira cómo Sam lo mira. Es como si fuera a lanzar un molde de cupcake en cualquier momento.

No pude evitar soltar una carcajada.

Lucas finalmente levantó las manos en un gesto de rendición y salió de la pastelería, llevándose consigo cualquier rastro de incomodidad… excepto el que dejé pegado en mi interior. Pero esta vez, con Sam y Sharon a mi lado, sentí que el peso era mucho más ligero.

Cuando la puerta se cerró tras él, Sam me miró.

— ¿Estás bien?

Asentí, con una pequeña sonrisa.

— Gracias. Creo que me hacía falta reírme un poco de esto.

Sam se inclinó, bajando la voz como si compartiera un secreto.

— Bueno, reír es gratis aquí. Y siempre puedes quedarte con los cupcakes.

Me reí y, sin pensar mucho, tomé una de las galletas del mostrador y la rompí a la mitad, ofreciéndole un pedazo.

— Trato hecho.

Nuestros dedos rozaron por un segundo, y sentí un escalofrío cálido correr por mi espalda. Un

vistazo rápido a Sharon confirmó que ella estaba a punto de decir algo completamente inapropiado, pero se limitó a guiñarme un ojo mientras volvía a la cocina.

Puede que el día hubiera empezado con una sacudida, pero algo me decía que, con Sam y Sharon en mi esquina, las cosas solo podían mejorar.

Después de la salida de Lucas, la atmósfera en la pastelería comenzó a relajarse. Sharon, como era de esperarse, no tardó mucho en volver a la carga con sus comentarios mordaces mientras cortaba trozos de pastel para una bandeja de muestras.

— ¿Sabes? A veces me pregunto si Lucas realmente era humano o solo un experimento social fallido.

— Un fracaso monumental — respondió Sam desde el mostrador, mientras limpiaba el mostrador con movimientos decididos —. Deberían usarlo como advertencia en las clases de relaciones. "Ejemplo número uno de qué no hacer."

— Chicos, suficiente — dije, aunque no pude evitar sonreír.

Sharon me miró por encima del hombro, levantando una ceja con picardía.

— ¿Suficiente? Emma, cariño, esto es terapia de grupo. Deja que fluya.

No pude evitar reírme de nuevo, esta vez un poco más libremente. Mientras tanto, Sam terminaba de acomodar un pedido para una cliente habitual que venía todas las semanas por una docena de croissants.

— Por cierto — interrumpió Sharon mientras se limpiaba las manos en su delantal —, hablemos de cosas realmente importantes.

— ¿Cómo qué? — pregunté, inclinándome sobre el mostrador.

— Como el hecho de que Sam prácticamente se convirtió en tu caballero de brillante armadura hace un rato. Si eso no fue adorable, no sé qué fue.

— Sharon… — Sam rodó los ojos, pero había un leve rubor en sus mejillas.

Yo, por otro lado, sentí que mi cara se encendía como si me hubieran metido en el horno junto a los cupcakes.

— ¡Sharon!

— ¿Qué? Solo digo lo obvio. Además, todos sabemos que Sam tiene su… — hizo comillas en el aire — *"dotes de persuasión"*.

Sam dejó escapar una carcajada, sacudiendo la cabeza.

— Sí, claro. Mis dotes.

Sharon señaló hacia la vitrina.

— Ahí está la prueba. Ese tipo salió más rápido que un glaseado mal puesto.

El comentario me hizo reír a carcajadas, y de repente sentí que todo el estrés acumulado se disipaba un poco más.

En ese momento, la campanilla de la puerta sonó, y entró una mujer con una gran sonrisa. Era la señora Henderson, una de las clientas más queridas de la pastelería.

— Emma, querida, ¡tu fama está corriendo por todo Billings! La gente en el club de jardinería no para de hablar de tus pasteles.

— ¿De verdad? — pregunté, sorprendida y halagada.

— ¡Claro que sí! De hecho, vine porque vamos a tener un evento especial en la biblioteca y todas insisten en que tus tartas sean el centro de la mesa.

— ¡Eso es maravilloso! — respondí, emocionada.

Sharon se inclinó hacia mí, susurrando.

— ¿Ves? *Este* es el tipo de energía que necesitamos. No Lucas.

Sam rió suavemente mientras organizaba las bandejas para la señora Henderson.

— Oye, Emma, si sigues así, van a necesitar una sección en la revista de Billings solo para tus postres.

— Bueno, eso o una placa en la plaza principal — añadió Sharon, guiñándome un ojo.

Me reí con ellos, sintiéndome un poco más ligera. Quizá Billings no fuera Nueva York, pero este pequeño pueblo empezaba a sentirse como hogar.

Era un día tranquilo en la pastelería, con el dulce aroma de los pasteles recién horneados llenando el aire, cuando la campanilla de la puerta sonó de nuevo. Miré hacia arriba, esperando ver a un cliente habitual, pero lo que vi me hizo apretar los dientes.

Lucas había regresado. Esta vez traía un enorme ramo de flores, tan llamativas que parecía haber robado la decoración de un evento de gala.

— Emma, pensé que esto podría alegrarte el día — dijo con una sonrisa tan falsa que daba ganas de devolverle las flores… en un jarrón por la cabeza.

Sharon, que estaba detrás del mostrador, soltó un audible "Oh, por Dios" y dejó caer una bandeja con un ruido deliberado. Sam, que estaba organizando pedidos en la parte trasera, apareció en la puerta, frunciendo el ceño al instante. Incluso Duke, que estaba acostado bajo una de las mesas, levantó la cabeza y dejó escapar un gruñido bajo.

— Lucas, ¿qué estás haciendo aquí? — pregunté con frialdad, cruzándome de brazos.

— Vine a disculparme, Emma. Sé que las cosas entre nosotros no terminaron bien… — Se interrumpió, mirando alrededor con una mueca despectiva —. Aunque debo decir que nunca imaginé que terminarías en un lugar como este. Una pastelería en un pueblo pequeño. Supongo que no todos podemos cumplir nuestros sueños.

El aire en la sala parecía congelarse.

Sharon, que nunca dejaba pasar una oportunidad de intervenir, dio un paso al frente.

— Bueno, Lucas, es impresionante cómo alguien puede cumplir sus sueños *sin tener que compensar su inmadurez con un ramo de flores ridículamente caro*.

Lucas la ignoró, centrando su atención en mí.

— Emma, solo digo que si alguna vez quieres volver a algo… más grande, más sofisticado, siempre puedes llamarme. Ya sabes, en Nueva York tengo contactos. Podría ayudarte a retomar tu carrera.

Antes de que pudiera responder, Sam se acercó, cruzando los brazos frente a Lucas con una mirada que parecía capaz de derribar muros.

— Creo que Emma está haciendo un trabajo increíble aquí, y todos en Billings parecen opinar lo mismo. Quizá no necesite tus *contactos*, Lucas.

Lucas levantó una ceja, evaluándolo.

— ¿Y tú quién eres? ¿El encargado de la decoración?

Sharon soltó una carcajada burlona.

— ¡Ah, me encanta! Primero flores, ahora insultos de prepúber. ¿Cuál es tu próximo truco? ¿Hablar en tercera persona?

Duke, como si entendiera la tensión, se levantó y caminó lentamente hacia Lucas, deteniéndose justo frente a él con un gruñido más fuerte. Lucas dio un paso atrás, nervioso.

— ¿Es seguro ese perro pulgoso? — preguntó, mirando a Duke como si fuera un oso pardo.

— Es más seguro que tú y con pedigree — dijo Sam con una sonrisa de lado, mientras acariciaba la cabeza de Duke para tranquilizarlo.

— Lucas, creo que ya dijiste lo que querías decir — interrumpí, mi paciencia al límite —. Y para que quede claro: no necesito tus flores, ni tus contactos, ni tu condescendencia.

Lucas hizo un gesto de incredulidad, como si no pudiera creer que alguien lo rechazara.

— Solo quería ayudar, Emma. Pero parece que te conformaste con… esto.

Fue Sam quien dio el golpe final.

— "Esto" es un lugar lleno de personas que la apoyan y la respetan, algo que tú claramente no sabes hacer. Así que, ¿por qué no tomas tus malditas flores y te vas antes de que Duke decida probar si saben tan mal como tú?

Lucas lanzó una última mirada altiva antes de girarse y salir por la puerta, dejándola sonar detrás de él.

Sharon dejó escapar un silbido bajo.

— Bueno, eso fue divertido. ¿Crees que volverá? Porque tengo un repertorio de insultos que no usé.

Sam se giró hacia mí, colocando una mano en mi hombro.

— ¿Estás bien?

Asentí, aunque mi corazón aún latía con fuerza.

— Sí. Estoy bien. Gracias por defenderme.

— Siempre lo haré — dijo con una suavidad que me hizo olvidar por un momento todo el caos del día.

Duke, como si entendiera que la tormenta había pasado, volvió a su lugar bajo la mesa, dejando escapar un bufido satisfecho. La pastelería, una vez más, se llenó de risas mientras Sharon comenzaba a imitar la voz de Lucas, exagerando su tono con gestos ridículos.

Y aunque había sido un día lleno de tensión, no pude evitar sentirme agradecida. Por mi pastelería, por mis amigos… y por el hecho de que Lucas finalmente estaba en mi pasado, donde pertenecía.

Capítulo 16

Las cosas parecían volver a la normalidad en la pastelería, al menos por un par de días. Pero, como bien decía Sharon, *"un ex tóxico es como un herpes emocional: aparece cuando menos te lo esperas."*

El primer regalo llegó un miércoles por la mañana, justo cuando abríamos. Era un ramo de rosas rojas acompañado de una tarjeta que decía:

"Emma, siempre serás mi musa. Lucas."

— ¿Musa? — repitió Sharon, leyendo la tarjeta en voz alta mientras yo levantaba las cejas —. ¿Qué sigue? ¿Que se tatúe tu cara en el brazo?

— Prefiero que se tatúe "idiota" en la frente — respondí, tirando la tarjeta al basurero y dejando las flores a un lado. Duke las olisqueó y luego, con un ladrido de desaprobación, las ignoró.

Pero eso fue solo el comienzo.

El jueves llegó una caja de bombones artesanales (con un precio tan exorbitante que hacía parecer barato a un anillo de compromiso). La tarjeta, esta vez, decía:

"Sé que amas los dulces, pero nada es tan dulce como nuestros recuerdos. Con amor, Lucas."

Sam estaba reorganizando una vitrina cuando lo escuchó. Su respuesta fue girarse lentamente hacia mí con una mirada teatralmente seria.

— ¿Quiero matarlo yo, o hacemos un sorteo?

— Yo voto por Duke — dijo Sharon, acariciando la cabeza del perro —. Él ya no lo tolera y ni siquiera habla nuestro idioma.

El viernes llegó un set de joyas que brillaba más que las luces de Navidad en el pueblo. La tarjeta era una mezcla extraña entre arrepentimiento y manipulación:

"Sé que cometí errores, pero ¿puedes culpar a un hombre por desear a alguien como tú? Mereces lo mejor… y yo estoy dispuesto a serlo por ti. Lucas."

— ¡Qué humilde! — exclamó Sharon, leyendo la tarjeta con dramatismo mientras Sam, detrás de ella, se tapaba la cara con las manos.

— Esto ya es ridículo — dije, cruzándome de brazos —. ¿Cuánto piensa gastar antes de darse cuenta de que no me importa?

— Espero que mucho — respondió Sharon, encogiéndose de hombros —. Si sigue a este ritmo, terminará vendiendo su auto para mandarte un violín Stradivarius o algo así.

— O una carta que diga: "Perdóname, vendí mi dignidad en eBay para comprarte esto" — añadió Sam, sin poder contener la risa.

El colmo llegó el sábado. Un enorme peluche de oso fue entregado justo en la hora más concurrida de la pastelería. Lo dejaron en la puerta con una tarjeta que decía:

"Siempre seré tu oso protector. L."

El oso era tan grande que apenas cabía por la puerta. Los clientes comenzaron a murmurar y a reír, algunos sacando fotos mientras Sharon dramatizaba la situación, poniéndose una mano en el pecho.

— ¡Qué romántico! Un oso gigante. Ahora sí, Emma, creo que estás obligada a aceptarlo de vuelta — dijo, haciendo un gesto de *fainting* como en una telenovela.

— No sé si quiero matarlo o inscribirlo en un curso de *Cómo superar a tu ex en 10 pasos* — dije, suspirando.

Sam, que había estado callado todo el tiempo, finalmente se acercó al oso, lo empujó hacia un rincón, y luego, girándose hacia mí, dijo:

— ¿Quieres que hable con él? Porque creo que es hora de que alguien le explique que "no" significa "NO".

Me mordí el labio, sintiéndome abrumada pero al mismo tiempo agradecida por la firmeza de Sam.

— No. Es mi problema, lo resolveré. Pero gracias.

Esa noche, mientras cerrábamos la pastelería, Sharon se quedó un rato más para ayudarme a deshacerme de los regalos.

— Sabes, podríamos abrir una subasta con todo esto. Llamarla: "El ex más desesperado del año". Podríamos donar las ganancias a alguna buena causa.

Reí a pesar de todo.

— ¿Y cuál sería la causa?

— No lo sé, algo como *Ayuda a los hombres a entender el significado de "superar a tu ex"*.

A pesar del cansancio, me sentí un poco mejor. Lucas podía mandar todos los regalos que quisiera; pero si algo había aprendido en este tiempo, era que el amor verdadero no se medía en cosas materiales.

Sam no tardó en volverse el comentarista oficial de los "regalitos" de Lucas. Cada vez que llegaba algo nuevo, era como si un interruptor de sarcasmo se encendiera en su cerebro.

El lunes por la mañana, justo después de abrir, apareció otro paquete. Esta vez era una canasta gourmet llena de quesos importados y una botella de vino caro. La tarjeta decía:

"Porque sé que tienes un gusto exquisito, igual que tu corazón. Lucas."

Sam la leyó en voz alta, miró la canasta y luego a mí, con una ceja arqueada.

— ¿Queso y vino? ¿Es un regalo o una cita fallida en París? — preguntó, dejando la tarjeta sobre el mostrador como si se quemara.

— Tal vez espera que lo invite a una cena romántica… con velas y todo — respondí,

cruzándome de brazos.

Sharon, que estaba decorando cupcakes, no pudo evitar unirse al drama.

— ¿Se imaginan a Lucas aquí? Seguro diría algo como: “Oh, Emma, probemos este cabernet mientras hablamos de cómo soy un desastre emocionalmente inestable”.

Solté una risa nerviosa, pero Sam no parecía tan entretenido.

— ¿Sabes qué sería genial? Que mandara algo útil, como un manual titulado *Cómo dejar de ser un imbécil y superarlo en tres días*.

El martes llegó otro paquete, esta vez una chaqueta de cuero negra que, aunque debo admitir que era preciosa, venía con una tarjeta que casi me hace rodar los ojos hasta el infinito:

"Para que recuerdes que siempre fui tu mejor opción. Lucas."

Sam tomó la chaqueta, la levantó como si fuera una evidencia en un juicio y la inspeccionó.

— Ah, claro, porque cuando pienso en romance, pienso en cuero. Nada dice “te amo” como algo que huele a taller mecánico.

— Tal vez cree que soy parte de una pandilla ahora — bromeé, quitándole la chaqueta y dejándola a un lado.

— O tal vez quiere que luzcas intimidante para protegerte de los chicos buenos como yo — añadió, con una sonrisa torcida que me hizo sonrojar un poco.

El miércoles trajo lo que podría considerarse el *gran final* de los regalos: una guitarra con mi nombre grabado en la madera. La tarjeta decía:

"Porque nuestra historia siempre fue música para mis oídos. Lucas."

Sharon literalmente dejó caer la manga pastelera que tenía en la mano y Sam, bueno, casi explota.

— ¿Música? — preguntó Sam, señalando la guitarra como si fuera un alienígena —. ¿Qué sigue? ¿Una banda mariachi afuera de la pastelería cantando *Cielito Lindo*?

— Bueno, al menos sería entretenido — respondí, tratando de no reírme demasiado.

Sharon se acercó a la guitarra, tocando las cuerdas ligeramente.

— Deberíamos subastarla en la plaza del pueblo. Podríamos recaudar suficiente dinero para comprarle a Lucas un poco de sentido común.

— O tal vez un diccionario, para que aprenda lo que significa “déjame en paz” — añadió Sam, cruzándose de brazos y mirando la guitarra con evidente disgusto.

Pero mientras nos reíamos, también noté algo diferente en Sam. Había una tensión bajo todas sus bromas, algo más profundo. Cuando nuestras miradas se cruzaron, vi el reflejo de una pregunta que él no se atrevía a hacer:

¿Y si Lucas realmente vuelve a meterse en tu vida?

Más tarde, cuando cerramos la tienda, Sam se quedó conmigo para ayudarme a guardar las cosas. Mientras limpiábamos, me miró y dijo:

— Emma, solo quiero que sepas algo.

— ¿Qué pasa? — pregunté, dejando de lado el trapo con el que limpiaba la mesa.

— No importa cuántos regalos te mande ese tipo. Nunca podrá comprarte, porque tú vales mucho más que cualquier cosa que él pueda ofrecer.

Mi corazón dio un vuelco.

— Lo sé, Sam. Por eso estoy aquí contigo, y no con él.

El silencio que siguió fue cálido y lleno de promesas no dichas. Y por primera vez en días, me sentí en paz.

Capítulo 17

Era una noche tranquila en Billings, la clase de calma que solo traen las estrellas parpadeando sobre un cielo despejado y un leve aroma a pasteles recién horneados en el aire. Después de cerrar la pastelería, Sam insistió en que necesitábamos “una celebración de media semana”. No explicó de qué se trataba, pero para cuando terminé de limpiar, ya tenía el camión listo con una manta, una canasta y Duke saltando emocionado en el asiento trasero.

— ¿De verdad? — pregunté, cruzándome de brazos mientras veía la improvisada escena.

— No te preocupes, no planeo secuestrarte. Solo pensé que podrías necesitar un descanso de todo… ya sabes, drama de exs y guitarras grabadas. — Me lanzó esa sonrisa torcida que siempre lograba desarmarme.

Accedí con un suspiro fingido, pero, en realidad, no podía evitar sentirme emocionada por una noche tranquila con Sam. Llegamos a un claro fuera del pueblo, donde las luces eran solo un recuerdo distante. Extendió la manta bajo un viejo roble y sacó una caja de galletas y un termo con café caliente.

— ¿Por qué siento que esto es un intento descarado de ganar puntos extra? — bromeé mientras me sentaba junto a él.

— Porque lo es — admitió, inclinándose para servir el café.

La noche avanzaba entre risas y charlas sobre cosas simples: anécdotas del pueblo, teorías absurdas sobre las estrellas, e incluso una discusión acalorada sobre cuál era el mejor sabor de helado (vainilla, obviamente, pero Sam estaba obstinadamente equivocado con su chocolate con menta).

Justo cuando pensaba que la noche no podía ser más perfecta, Sam se levantó, frotándose nerviosamente las manos.

— ¿Estás bien? — pregunté, arqueando una ceja.

— Sí, solo… dame un segundo.

Antes de que pudiera responder, Duke, con su infinita habilidad para arruinar momentos, corrió hacia Sam con una rama en la boca, claramente esperando que se la lanzara. Sam casi tropezó, pero lo apartó con una risa nerviosa.

— Duke, este es un momento serio. ¡Fuera!

— ¿Momento serio? — repetí, intentando no reírme demasiado.

Entonces lo vi. Sam se arrodilló, sacando algo del bolsillo de su chaqueta: una pequeña caja de terciopelo. Mi corazón comenzó a latir tan rápido que podía jurar que se escuchaba entre los grillos.

— Emma, desde que llegaste a este pueblo y… bueno, a mi vida de nuevo, todo ha sido más caótico, más ruidoso, pero también infinitamente mejor.

— ¿Caótico? ¿Ese es tu argumento de venta? — interrumpí, sonriendo nerviosa.

— Shh, déjame terminar. — Me lanzó una mirada de advertencia, aunque su sonrisa lo delataba.

En ese momento, Duke volvió a aparecer, esta vez tratando de masticar la esquina de la manta. Sam, sin perder el ritmo, lo apartó con una mano mientras seguía hablando:

— Quiero ser la persona que esté contigo en los días buenos, en los días malos y en los días donde tu ex aparece con guitarras personalizadas. Quiero estar contigo siempre.

Mi garganta se cerró, pero antes de que pudiera responder, Duke ladró con entusiasmo, derribando el termo de café.

— ¿Sabes qué? Esto es perfecto — dijo Sam, riendo mientras lo recogía —. Es un desastre, como yo. Pero quiero ser tu desastre. Emma, ¿te casarías conmigo?

Me quedé mirándolo por un segundo, con lágrimas en los ojos y una sonrisa en los labios.

— Sam, esto es probablemente la propuesta más caótica y adorable del mundo. Por supuesto que sí.

Antes de que pudiera reaccionar, Duke saltó entre nosotros, derribándonos a ambos mientras Sam intentaba ponerme el anillo. Nos quedamos tirados en la manta, riendo tanto que me dolía el estómago.

— ¿Siempre será así? — pregunté, mirándolo mientras intentaba recuperar el aliento.

— Caótico, ruidoso y lleno de Duke. — Sonrió, inclinándose para besarme —. Espero que sí.

La noticia del compromiso corrió por Billings más rápido de lo que podríamos haber imaginado, y eso que no habíamos contado a casi nadie. Todo comenzó cuando Sharon irrumpió en la pastelería a la mañana siguiente, agitando su teléfono como una reportera de espectáculos.

— ¡¿Te comprometiste y no me llamaste inmediatamente?! — exclamó, lanzándose hacia mí para inspeccionar mi mano.

— ¿Cómo te enteraste? — pregunté, tratando de sonar seria, aunque era imposible con Sharon dando pequeños saltos alrededor del mostrador.

—Por la señora Geraldine. La vio todo desde su ventana anoche, vio que había luces cerca del río y se acercó a ver desde una distancia segura por si eran pandilleros. ¿Sabías que usa binoculares? ¡Qué nivel de dedicación! — Sharon se detuvo lo suficiente como para soltar un silbido al ver el anillo —. Sam, hiciste un buen trabajo.

— Gracias, aunque técnicamente Duke fue quien terminó la propuesta. — Sam entró desde la cocina, secándose las manos con un paño.

— Entonces, ¿qué sigue? ¿Boda temática de pasteles? ¿Una recepción en el granero del tío Frank? ¡Dime que puedo elegir el color de los vestidos de dama de honor!

— Sharon, apenas hemos tenido tiempo de asimilarlo — respondí, tomando un sorbo de mi café, aunque no hacía mucho para calmarme.

Sam se acercó, apoyándose en el mostrador con una sonrisa.

— Además, no hemos decidido si queremos invitar a todo Billings o mantenerlo pequeño.

— Pequeño, dice. — Sharon soltó una carcajada —. Sam, este es un pueblo. No existe la palabra "pequeño" aquí. Hasta el cartero querrá una invitación.

No pude evitar reírme porque, en el fondo, sabía que tenía razón. Entre las charlas de boda y el trabajo en la pastelería, los días pasaron volando. La tienda estaba más concurrida que nunca, con clientes entrando no solo por los postres, sino para comentar sobre nuestro compromiso. Algunos traían felicitaciones, otros sugerencias no solicitadas.

Una tarde, mientras atendía a la señora Geraldine, quien me relataba cómo había conocido a su difunto esposo durante un picnic, Lucas entró nuevamente, esta vez con una sonrisa aún más amplia y un ramo de flores más exagerado que la última vez.

— ¡Qué sorpresa verte aquí otra vez! — dije, esforzándome por sonar neutral mientras mi ojo captaba a Sam congelándose en la puerta de la cocina.

— No podía dejar de pensar en nuestra última conversación. — Lucas se inclinó ligeramente sobre el mostrador, ignorando descaradamente mi expresión de impaciencia —. Quería disculparme de nuevo. Quizás con un café y uno de tus famosos pasteles.

— Lo siento, estamos fuera de pasteles para clientes no invitados. — La voz de Sam resonó detrás de mí mientras salía al frente, con los brazos cruzados y una sonrisa que no llegaba a sus ojos.

Lucas lo miró con una mezcla de desconcierto y fastidio.

— ¿Tú no deberías estar en la cocina?

— ¿Y tú no deberías estar en cualquier lugar que no sea aquí? — respondió Sam, con una

naturalidad tan desarmante que hasta la señora Geraldine soltó un pequeño "¡oh!".

Sharon apareció justo en ese momento, como si tuviera un radar para los dramas.

— ¡Lucas, qué lindo verte! — dijo con su tono más dulce y sarcástico —. Aunque pensaba que las flores ya estaban pasadas de moda como gesto de disculpa. ¿No tienes algo más creativo, como… no sé, una renuncia formal a molestar?

Lucas miró a Sharon, claramente incómodo, pero antes de que pudiera responder, Duke entró ladrando con entusiasmo y saltó hacia él, derribándolo casi de espaldas.

— Parece que incluso Duke tiene su opinión — dijo Sam, tomando mi mano mientras me dirigía una mirada que decía "esto es tuyo si lo quieres".

Mientras Lucas se levantaba torpemente y se retiraba, juré que escuché a la señora Geraldine murmurar:

— Bueno, este es un romance digno de novela.

Y, por primera vez en mucho tiempo, estuve completamente de acuerdo.

El anuncio de nuestro compromiso se convirtió en el tema central de Billings, y de alguna manera, también en el entretenimiento principal. No podíamos caminar por la calle sin que alguien nos felicitara, nos ofreciera consejos matrimoniales o nos preguntara sobre los detalles de la boda. Por supuesto, los consejos de la señora Jenkins sobre cómo elegir un "buen jamón" para la recepción ocuparon un lugar especial en la lista de sugerencias no solicitadas.

Sam y yo decidimos aprovechar una tarde tranquila para hacer una lista preliminar de invitados. Nos sentamos en el porche de la pastelería con una jarra de limonada y un cuaderno, pero fue más caótico de lo que imaginamos.

— Entonces, ¿ponemos al tío Frank en la lista? — preguntó Sam, con el lápiz entre los dientes.

— Claro, pero recuerda que tiene esa rivalidad con la tía June. No podemos sentarlos juntos.

— ¿Rivalidad? Pensé que solo discutían sobre el mejor abono para tomates.

— Exacto. Rivalidad.

Sam se rió y me lanzó una mirada de "cómo es posible que esto sea mi vida ahora". Pero justo cuando intentábamos avanzar, Sharon apareció como un torbellino, cargando una pila de revistas de bodas y una bolsa gigante de palomitas.

— ¡Detengan todo! Necesitan inspiración visual. — Se dejó caer en la silla frente a nosotros, esparciendo revistas y palomitas por igual.

— ¿Inspiración o caos? — bromeé, mientras Sam atrapaba una palomita al vuelo.

— Caos, inspiración, ¿qué importa? — Sharon hojeó una revista hasta encontrar un vestido de novia absolutamente ridículo, lleno de volantes y brillos —. Emma, este tiene tu nombre escrito.

— Solo si mi nombre es "No gracias". — Reí, pero Sharon no se detuvo.

— ¿Y qué tal un pastel de bodas en forma de carreta? — preguntó, señalando otra página con un pastel tan elaborado que parecía más adecuado para un concurso de repostería que para una boda.

— Duke podría comerse la carreta antes de que cortemos el primer pedazo — respondió Sam, fingiendo considerar la idea.

Hablando de Duke, nuestro perro decidió que quería ser parte de la conversación. Con una energía desbordante, se lanzó sobre el cuaderno, dejando huellas de lodo sobre la lista de invitados.

— Bueno, parece que Duke vota por una boda al aire libre. — Sam se rió mientras yo trataba de salvar la lista.

— O una boda sin lista. — Suspiré, aunque no podía dejar de sonreír.

Esa noche, mientras cerrábamos la pastelería, Sam se detuvo un momento para observar las luces cálidas del lugar.

— ¿Sabes? — dijo, tomando mi mano —. Nunca pensé que terminaría con alguien que pudiera convertir hasta los días más caóticos en algo especial.

— ¿Quién diría que un pastel quemado y un perro desastroso podrían llevarnos aquí? — respondí, recostándome contra él.

Sam sonrió y me abrazó más fuerte.

— ¿Y sabes qué? Duke también va a llevar el anillo. — Su tono era serio, pero sus ojos brillaban con diversión.

— Claro, porque eso no tiene ningún margen de error.

Ambos nos echamos a reír, mientras Sharon desde el fondo gritaba:

— ¡Si Duke lleva el anillo, quiero ser la que haga el brindis!

La expectativa por la boda no hacía más que crecer, y aunque todavía faltaban meses, ya se sentía como el evento del año. La pastelería estaba más animada que nunca, no solo por los clientes, sino también por los planes absurdos, los momentos caóticos y, sobre todo, por el amor que parecía llenar cada rincón de nuestras vidas.

Capítulo 18

Las semanas previas a la boda parecían un torbellino. Entre los pedidos en la pastelería, las visitas inesperadas de clientes curiosos preguntando si haríamos *macarons* temáticos para la recepción, y los constantes chistes de Sharon sobre cómo "decorar" el pastel con pequeñas figuras de Duke, nuestra vida estaba todo menos tranquila.

Una tarde, Sam llegó a la pastelería con una caja misteriosa. Su expresión era tan seria que pensé que quizá había encontrado algún problema importante.

— ¿Qué traes ahí? — pregunté mientras decoraba una tanda de cupcakes de vainilla.

— Solo lo más importante para la boda. — Colocó la caja en la barra con un aire de misterio exagerado.

— ¿Las invitaciones? ¿Los votos? ¿Una máquina del tiempo para retroceder y planear todo con calma? — bromeé.

— Mejor. — Abrió la caja para revelar un mini esmoquin para Duke.

No pude evitar soltar una carcajada.

— ¿Un esmoquin? Sam, Duke apenas puede caminar sin tropezar con sus propias patas.

— Exacto. Será el momento más memorable de la boda. — Sonrió orgulloso mientras sacaba la diminuta corbata negra.

En ese momento, Sharon entró con una bandeja de *brownies*. Al ver el esmoquin, dejó la bandeja a un lado y se llevó una mano al pecho como si acabara de presenciar algo profundamente conmovedor.

— Esto es... hermoso. ¿Ya le tomaron las medidas? ¿Podemos agregar un sombrero?

— ¡No un sombrero! — interrumpí entre risas.

Duke, como si entendiera que estaba siendo el centro de atención, entró al local con su energía característica. Sam, emocionado, trató de ponerle el esmoquin. Duke, en respuesta, empezó a dar vueltas como si fuera un tornado, derribando una pila de cajas decorativas.

— ¡Duke, detente! — gritó Sharon mientras intentaba salvar los *brownies*.

— ¡Es un ensayo para su entrada triunfal! — bromeó Sam, tratando de sujetarlo.

Al final, el esmoquin quedó torcido, Duke parecía más un mimo confundido que un elegante

portador de anillos, y nosotros terminamos riendo tanto que los clientes comenzaron a asomarse al mostrador, preguntándose qué estaba pasando.

Más tarde esa noche

Sam y yo estábamos sentados en el porche de la pastelería, disfrutando del aire fresco y compartiendo una caja de galletas. La luz de las estrellas hacía que todo se sintiera un poco mágico, como si el universo también estuviera celebrando nuestro compromiso.

— ¿Crees que todo esto es demasiado loco? — pregunté, mirando las luces de la calle.

— Si por "esto" te refieres a casarme contigo, entonces no. — Sam me tomó de la mano con una sonrisa tranquila —. Cualquier locura contigo vale la pena.

— Eso es dulce. — Le devolví la sonrisa antes de añadir —. Pero también un poco cliché.

— Dame un respiro, Emma. No soy poeta.

Nos quedamos en silencio por un momento, disfrutando de la compañía mutua. Finalmente, Sam rompió la calma con una de sus clásicas bromas.

— Pero hablando de clichés... si Duke arruina la ceremonia, prometo que seré el primero en culparlo.

— Me parece justo. — Reí y apoyé mi cabeza en su hombro, sintiéndome, por primera vez en días, completamente tranquila.

La boda del año estaba a la vuelta de la esquina, y aunque el caos seguía siendo parte de nuestra vida diaria, el amor, la risa y la absurda ternura de momentos como ese eran lo que realmente importaba.

La última prueba del vestido de novia debía ser un momento mágico. Había imaginado un salón iluminado con luces cálidas, un espejo que reflejara cada detalle del encaje, y a Sharon sentada en un sillón, derramando lágrimas de cocodrilo mientras fingía no estar emocionada. Lo que no esperaba era encontrarme con un giro digno de una novela dramática.

En la tienda de vestidos

— Emma, estás preciosa. — La modista ajustó los últimos detalles en la cintura, y yo me giré para verme en el espejo.

El vestido era justo como lo había imaginado: elegante, pero cómodo, con detalles en encaje que parecían sacados de un cuento de hadas. Sharon estaba sentada a mi lado, sorbiendo de una bebida que había traído de una cafetería cercana.

— Si lloras, pierdes. — Le advertí, tratando de mantener la compostura.

— No estoy llorando. Es una alergia. — Se limpió rápidamente los ojos con una servilleta.

Todo parecía perfecto hasta que la puerta del probador se abrió de golpe. Ahí estaba Lucas, sosteniendo un ramo de rosas rojas y con su sonrisa de vendedor de autos usados.

— Emma, tenemos que hablar.

El silencio en la habitación fue tan incómodo que incluso la modista fingió que tenía algo urgente que hacer en la trastienda. Sharon, por su parte, se puso de pie rápidamente, con una expresión que no pude descifrar.

— Lucas, este no es el lugar ni el momento. — Mi voz salió firme, aunque mi estómago estaba dando vueltas.

— Emma, no podía esperar. — Lucas dio un paso hacia mí, pero Sharon se interpuso entre ambos.

— ¿Qué haces aquí, Lucas? — pregunté, cruzando los brazos sobre el vestido como si eso pudiera protegerme de su presencia.

— Solo quiero explicarte todo.

— No hay nada que explicar. Todo terminó hace años, y estoy comprometida, por si no lo

recuerdas.

Entonces, sucedió algo que me dejó helada. Sharon giró hacia mí, su expresión transformándose en algo que nunca había visto.

— Emma, creo que deberías escuchar lo que tiene que decir.

Mis ojos se estrecharon.

— ¿Perdón?

Lucas sonrió, claramente disfrutando la confusión en mi rostro.

— Sabía que Sharon sería razonable. Ella entiende lo que significa la verdadera conexión.

— ¿La qué? — pregunté, incrédula.

Sharon se pasó una mano por el cabello, claramente nerviosa.

— Emma, solo intentaba protegerte. Lucas... él cree que cometió un error, y yo pensé que quizás...

La realidad golpeó como un balde de agua fría.

— ¿Me estás diciendo que tú y Lucas han estado hablando... a mis espaldas?

— No es lo que piensas. — Sharon levantó las manos, pero la culpa en su rostro lo decía todo.

— ¿Qué exactamente creías que estabas protegiendo? ¿Mi felicidad? ¿Mi relación? — Mi tono era sarcástico y gélido, una combinación mortal.

— Él dijo que quería enmendar las cosas, y pensé que si hablaban él podría dejarte en paz e irse lo antes posible como lo prometió...

— ¿Qué? ¿Regresaría con él? — Reí, pero no era una risa feliz. Era la risa de alguien al borde de un colapso —. Sharon, esto es ridículo.

Lucas aprovechó la pausa para intervenir.

— Emma, solo quiero una oportunidad para demostrarte que he cambiado.

— ¿Cambiar? Lucas, terminaste conmigo por mensaje el día de mi cumpleaños. — Mi voz se elevó un poco más —. Y ahora vienes aquí, justo antes de mi boda, con la esperanza de qué... ¿Arruinarlo todo?

Sharon intentó tocar mi brazo, pero me alejé.

— No puedo creer que tú, de todas las personas, me hayas hecho esto ahora mismo estoy muy herida Sharon…

— Emma, no era mi intención...

— No, Sharon. Tu intención no era lastimarme lo sé pero no puedo evitar sentirme dolida, eres mi hermana, mi familia y entiendo que quieras protegerme pero lo hablaremos después. Y tú, Lucas, — me volví hacia él con toda la ira contenida —, no sé qué clase de película romántica crees que estamos protagonizando, pero esta no es tu historia de redención.

Sin decir una palabra más, me quité el vestido con la ayuda de la modista, me vestí con mi ropa normal y salí de la tienda dejando a ambos en completo silencio.

Horas después, en la pastelería

Sam estaba cerrando la caja registradora cuando entré. Al verme, dejó todo y corrió hacia mí.

— ¿Qué pasó? ¿Estás bien?

— Solo necesito una copa de vino... o dos. — Suspiré y me dejé caer en una silla.

Sam se sentó a mi lado, su preocupación evidente.

— ¿Lucas otra vez?

— Y Sharon. — Solté una carcajada seca —. Al parecer, estaban colaborando en secreto para... no sé, destrozar mi paciencia.

Sam entrecerró los ojos, claramente furioso.

— ¿Quieres que hable con ellos? Porque lo haré.

— No. — Tomé su mano, agradecida por su apoyo —. Solo quiero que seamos tú, yo y Duke en nuestra boda. Y, bueno, quizás Sharon si promete no abrir la boca.

Sam sonrió y me besó en la frente.

— Nadie va a arruinar esto para nosotros. Ni Lucas, ni Sharon con sus buenas pero mal ejecutadas intenciones, ni nadie.

Y por primera vez en todo el día, sentí que todo iba a estar bien.

El sonido de la campanilla de la puerta de la pastelería fue suficiente para hacerme estremecer. Después del caos emocional en la tienda de vestidos, lo último que necesitaba era otra sorpresa. Levanté la vista, y ahí estaba Lucas, de pie en el umbral como si tuviera todo el derecho del mundo a invadir mi espacio nuevamente.

— ¿Qué haces aquí? — pregunté, mi voz cargada de un cansancio que no intenté ocultar.

Sam, que estaba detrás del mostrador limpiando una bandeja, se detuvo en seco. Su mandíbula se tensó, y pude notar cómo sus manos se apretaron alrededor del trapo que sostenía.

— Emma, necesitamos hablar. — Lucas dio un paso adelante, su tono aparentemente calmado, pero sus ojos reflejaban una determinación que me puso en alerta.

— No, Lucas. No necesitamos nada. — Mi respuesta fue firme mientras me levantaba de la silla.

Duke, que estaba acostado junto a la caja registradora, levantó la cabeza y soltó un gruñido bajo. No era el único que estaba a punto de morder.

— Escúchame, por favor. — Lucas levantó las manos como si fuera una víctima en todo esto —. Solo quiero una oportunidad para explicar las cosas.

— ¿Explicar qué? ¿Cómo rompiste conmigo por mensaje el día de mi cumpleaños? ¿O cómo has pasado semanas mandándome regalos para intentar manipularme? — Estaba al borde de perder la calma, y Sam, a mi lado, parecía estar aún más cerca de hacerlo.

— Mira, amigo. — Sam dejó la bandeja sobre el mostrador con un golpe que resonó por toda la pastelería —. No sé qué parte de "Emma está comprometida" no te queda clara, pero te lo diré despacio: no eres bienvenido aquí.

Lucas lo ignoró por completo, concentrando toda su atención en mí.

— Emma, no vine aquí para pelear. Solo quiero que recuerdes cómo eran las cosas entre nosotros.

— ¿En serio? — repliqué, cruzándome de brazos —. ¿Qué parte debería recordar? ¿La falta de respeto? ¿Las mentiras? ¿O el hecho de que siempre te creías mejor que yo?

Sam soltó una carcajada sarcástica.

— Oh, por favor, Lucas. ¿Crees que puedes venir aquí, jugar al héroe trágico y convencerla de que deje todo por ti? Esto no es una novela barata.

— Esto no te incumbe, amigo. — Lucas giró hacia él, su tono lleno de superioridad.

— Claro que me incumbe. — Sam dio un paso al frente, sus ojos brillando con una mezcla de rabia y protección —. Emma es mi prometida, y no voy a permitir que alguien como tú la manipule otra vez.

En ese momento, Sharon apareció en la puerta, jadeando como si hubiera corrido un maratón.

— ¡Lucas, basta! — gritó, su voz rompiendo la tensión como un relámpago —. Esto ya se salió de control.

Todos la miramos, sorprendidos. Sharon avanzó hasta quedar frente a Lucas, su expresión llena de arrepentimiento.

— Me equivoqué al pensar que podrías arreglar las cosas, dejar a Emma tranquila de una

buena vez. — Lo señaló con un dedo tembloroso —. Pero tú no quieres arreglar nada. Solo quieres ganar.

Lucas apretó los labios, su rostro pasando de la arrogancia a una furia contenida.

— Sharon, esto no es asunto tuyo.

— Sí lo es. — Sharon se giró hacia mí, sus ojos llenos de disculpas —. Emma, lo siento tanto. Pensé que estaba ayudando, pero solo complicó todo.

Mi corazón estaba latiendo con fuerza, cada palabra, cada gesto, aumentando la tensión en el aire.

— Lucas, vete. — Mi voz salió baja, pero firme, dejando claro que no había lugar para discusión.

— Esto no ha terminado. — Lucas me lanzó una última mirada antes de salir de la pastelería, dejando tras de sí una atmósfera cargada de adrenalina y rabia contenida.

Cuando la puerta finalmente se cerró, Sam soltó un suspiro pesado y se giró hacia mí.

— ¿Estás bien?

— No lo sé. — Mi voz tembló, y Sam no lo dudó. Me envolvió en un abrazo que, por un momento, hizo desaparecer todo lo demás.

Duke se acercó y puso su cabeza sobre mi pierna, como si también intentara consolarme.

— Bueno, eso fue… intenso. — Sharon intentó romper el silencio, su tono lleno de culpa.

— ¿Intenso? — repliqué, soltándome suavemente del abrazo de Sam —. Esto fue un desastre, Sharon. Y necesito tiempo para procesarlo.

La tensión seguía aferrada a mis hombros como un peso imposible de sacudir. Me fui al cuarto de atrás bajando unas pequeñas escaleras y dejé caer mi cuerpo en el sofá, abrazando un cojín mientras intentaba calmar mi respiración.

¿Cómo había llegado a esto? ¿A tener a mi ex y mi amiga conspirando a mis espaldas? Todo era un desastre.

El sonido de unos pasos suaves en la escalera hizo que girara la cabeza. No pasó mucho antes de que Sam asomara su rostro por la puerta entreabierta.

— ¿Puedo entrar o es una de esas "necesito estar sola porque el mundo es un caos" situaciones? — preguntó, su tono era una mezcla de humor y preocupación.

Levanté una ceja, aunque no pude evitar que una leve sonrisa tirara de mis labios.

— Depende. ¿Vienes a darme un discurso sobre cómo debería haber manejado todo esto mejor?

— ¿Yo? Nunca. — Sam entró con un pequeño paquete en la mano —. Pero traje algo que puede ayudarte a manejarlo: tu postre favorito.

— ¿De la vitrina? — Me enderecé, genuinamente intrigada.

— Por supuesto. ¿Qué clase de futuro esposo sería si no me supiera tus gustos de memoria? — Dejó el paquete en la mesa frente a mí y se sentó, observándome con esos ojos que siempre lograban tranquilizarme.

Abrí la caja para encontrar un mini pastel de limón con merengue. No pude evitar reírme.

— Sabes que este es mi escape emocional, ¿verdad?

— Exactamente. — Sam se inclinó hacia mí —. Y después de lo que pasó ahí abajo, diría que mereces un escape emocional con extra merengue.

Tomé un bocado y suspiré, cerrando los ojos. La mezcla de sabores era reconfortante, como un cálido abrazo que me ayudaba a olvidar, aunque fuera por un momento, el lío en el que estaba metida.

— ¿Sabes qué es lo peor de todo esto? — dije, finalmente rompiendo el silencio.

— ¿Que tu ex parece un villano de telenovela?

Solté una carcajada.

— Además de eso. — Negué con la cabeza, todavía sonriendo —. Lo peor es que confié en Sharon. Pensé que ella siempre estaría de mi lado.

Sam suspiró y extendió una mano para tomar la mía.

— La gente comete errores, Em. Pero también creo que es posible que no entendiera lo mucho que Lucas podía arruinar todo.

Antes de que pudiera responder, la puerta se abrió de golpe y Sharon apareció, con Duke siguiéndola de cerca.

— Antes de que me eches, escucha lo que tengo que decir. — Sharon levantó las manos como si estuviera a punto de rendirse.

Sam frunció el ceño, pero no dijo nada, permitiendo que ella continuara.

— Fui una idiota. Pensé que estaba haciendo lo correcto ayudando a Lucas porque, bueno, él pintó un panorama tan convincente. — Sharon miró hacia el suelo, su voz llena de culpa —. Pero después de hoy, me di cuenta de que no es la persona que dice ser.

La miré, tratando de descifrar sus palabras.

— ¿Por qué confiarías en él en primer lugar? — pregunté, mi tono más calmado de lo que esperaba.

Sharon levantó la vista, sus ojos llenos de arrepentimiento.

— Porque pensaba que, si arreglaba las cosas entre ustedes, sería como compensarte por todas las veces que te fallé antes.

Hubo un largo silencio. Duke, ajeno al drama humano, se acomodó en mis pies, como si intentara suavizar el ambiente.

— Esto no es algo que se arregle con buenas intenciones, Sharon. — Mi voz fue firme, aunque no tan dura como al principio —. Pero si realmente quieres compensarlo, necesitas probar que puedo confiar en ti de nuevo.

Sharon asintió, mordiéndose el labio inferior.

— Lo haré, Emma. Lo prometo.

Sam, que había estado observando en silencio, finalmente intervino.

— Bueno, si esto se convierte en una telenovela completa, al menos podemos vender entradas.

Todos soltamos una risa nerviosa, el primer atisbo de alivio en medio de la tensión.

Aunque el drama no había terminado, por lo menos sentía que no estaba sola en esta pelea. Y eso, en ese momento, era todo lo que necesitaba.

Capítulo 19

El sol brillaba con suavidad en el cielo despejado de Billings, iluminando la pradera donde se había montado la carpa blanca decorada con guirnaldas de luces cálidas y flores silvestres. Cada detalle de la boda hablaba de Emma y Sam: mesas de madera rústica adornadas con jarrones llenos de flores de campo, un pastel de bodas diseñado por Emma misma, y pequeños guiños humorísticos repartidos en el ambiente, como servilletas que decían: *"Finalmente, lo convencí"*.

Sam estaba de pie al frente, bajo un arco cubierto de flores, con un traje azul oscuro que resaltaba el brillo en sus ojos. Duke, su leal compañero canino, llevaba un lazo rojo alrededor del cuello y estaba sentado a su lado como un invitado de honor. Los invitados murmuraban con anticipación mientras la música comenzaba a sonar.

Emma apareció al final del pasillo, y el mundo pareció detenerse. Su vestido era sencillo pero

elegante, con un escote corazón y una falda de tul que flotaba suavemente con cada paso. Llevaba una corona de flores que combinaba con el ramo en sus manos, un arreglo delicado de margaritas y lavanda. Su sonrisa era amplia, y sus ojos brillaban con emoción, pero también con un destello de nerviosismo que rápidamente desapareció al cruzar miradas con Sam.

Sam dejó escapar una risa baja y murmuró para sí mismo:

— Ella es demasiado para mí.

Sharon, que estaba junto a él como la madrina, lo empujó ligeramente con el codo.

— Eso ya lo sabíamos, pero estás a tiempo de huir si quieres.

Sam le lanzó una mirada divertida.

— ¿Y perder todo esto? Ni en sueños.

Cuando Emma llegó al frente, Sam le ofreció su mano, y ella la tomó sin dudar.

— Estás preciosa, Em. — Su voz era suave, pero lo suficientemente alta como para que todos los que estaban cerca escucharan y soltaran un *"awww"*.

— Y tú te ves bastante bien para alguien que se comió tres cupcakes antes de vestirse. — Emma arqueó una ceja, sonriendo.

El oficiante carraspeó para recuperar la atención de los novios.

— Estamos aquí reunidos para celebrar el amor entre Emma y Sam... — comenzó, pero Duke, claramente emocionado, dejó escapar un ladrido, interrumpiendo el momento.

Emma se agachó para acariciar al perro, riendo.

— Duke, te prometo que te daré pastel después.

Los votos fueron igual de únicos. Sam miró a Emma con intensidad mientras decía:

— Prometo amarte incluso cuando insistas en que necesitas probar diez versiones diferentes de la misma receta. Prometo apoyarte, incluso si eso significa aguantar más visitas de Sharon con sus ideas locas. Y sobre todo, prometo nunca dejar de ser el hombre que merece a alguien como tú.

Emma tomó un respiro profundo antes de hablar, con los ojos llenos de lágrimas.

— Prometo amarte incluso cuando me saques de quicio al comerte el último trozo de pastel que había guardado. Prometo confiar en ti, incluso cuando insistas en que puedes arreglar cosas con cinta adhesiva. Y sobre todo, prometo ser tu socia en todo, porque la vida contigo es el mejor postre que alguien podría pedir.

La multitud soltó una carcajada y un suspiro simultáneamente.

Cuando el oficiante finalmente los declaró marido y mujer, Sam levantó a Emma en sus brazos mientras la besaba, y los invitados estallaron en aplausos.

La recepción fue tan única como la ceremonia. El primer baile de la pareja fue una mezcla de una balada romántica que terminó con un giro inesperado hacia una canción animada que hizo que todos se unieran en la pista de baile. Duke no se quedó fuera; con un sombrero miniatura que alguien le puso, paseaba entre los invitados recibiendo trozos de comida.

Mientras la noche avanzaba, Sam y Emma compartieron un momento juntos bajo el cielo estrellado, lejos del bullicio.

— Bueno, señora de Thorton, ¿qué te parece nuestro primer día como esposos? — preguntó Sam, entrelazando sus dedos con los de ella.

— Perfecto. — Emma se apoyó en su hombro, mirando las estrellas —. Pero espera a que veas el pastel del aniversario; ya tengo algunas ideas.

Sam soltó una carcajada.

— Sabía que eras un caso perdido desde el primer momento.

Emma lo miró, fingiendo indignación.

— ¿Y aún así te casaste conmigo?

— Por supuesto. ¿Cómo iba a dejar que alguien más disfrutara de todo esto?

El resto de la noche pasó entre risas, bailes y brindis llenos de cariño.

La recepción seguía en pleno apogeo, con risas resonando bajo la carpa iluminada y el tintineo constante de copas que brindaban por la pareja. Emma estaba en su elemento, paseando entre los invitados con Sam siempre cerca, ambos recibiendo abrazos, felicitaciones y algunas bromas de los amigos más cercanos.

Mientras Emma tomaba un respiro junto a Sharon, Sam desapareció de su lado sin previo aviso.

— ¿Dónde fue el vaquero? — preguntó Emma, frunciendo el ceño mientras bebía un poco de limonada.

Sharon sonrió de manera traviesa.

— No sé, pero probablemente está tramando algo. Este hombre tiene un gusto peculiar para las sorpresas.

Antes de que Emma pudiera preguntar más, las luces de la carpa se apagaron, dejando a los invitados en un suave murmullo de confusión. De repente, un reflector iluminó el campo cercano, donde se formó una especie de escenario improvisado. Los murmullos se convirtieron en exclamaciones de sorpresa cuando Sam apareció montando su caballo favorito, un impresionante ejemplar negro llamado Thunder, con Duke corriendo a su lado, emocionado como siempre.

— ¡Señoras y señores! — anunció Sam con una gran sonrisa mientras sujetaba las riendas de Thunder —. Esta noche no se trata solo de celebrar nuestro amor, sino también de compartir un poco de lo que hace especial este lugar. Así que, preparen sus cámaras, porque les prometo un espectáculo que no olvidarán.

Emma se cruzó de brazos, entre divertida y curiosa.

— ¿Qué está haciendo ahora? — murmuró, aunque una sonrisa se formaba en su rostro.

La música comenzó a sonar, una mezcla animada de cuerdas y percusiones que llenó el aire. Sam dirigió su caballo al centro del campo mientras otros jinetes, amigos suyos del rancho, se unían uno por uno, todos montando caballos entrenados.

El espectáculo era hipnotizante. Los caballos ejecutaban pasos precisos, formando figuras geométricas y sincronizándose perfectamente con el ritmo de la música. Había giros rápidos, saltos inesperados y una coreografía que combinaba elegancia con energía.

En un momento, Thunder se paró en dos patas, mientras Sam alzaba su sombrero y lo lanzaba al aire en un gesto dramático. Los invitados estallaron en aplausos y vítores.

Emma no pudo evitar reírse, conmovida y maravillada al mismo tiempo. Sam la miró directamente desde el centro del campo, guiñandole un ojo.

— ¡Emma, esto es para ti! — gritó, su voz resonando clara en la noche.

Los aplausos se redoblaron cuando Duke corrió hacia Emma, llevando en la boca un sombrero blanco brillante adornado con flores.

— ¿Qué es esto? — preguntó Emma mientras lo tomaba.

Sharon, que estaba filmando todo, rió.

—Diría que es su forma de hacerte parte del espectáculo — dijo Sharon entre risas.

Emma no pudo resistirse. Se colocó el sombrero, levantó la falda de su vestido lo justo para caminar hacia el campo, y con un movimiento que dejó a todos asombrados, se subió a Thunder con la ayuda de Sam.

— ¡Así que también soy parte del show, vaquero! — bromeó Emma, aferrándose a Sam mientras el caballo avanzaba con calma.

— Siempre lo has sido, cariño — respondió él, inclinándose para darle un beso que arrancó una nueva ola de vítores.

El espectáculo terminó con fuegos artificiales que iluminaron el cielo y a la pareja, montados juntos en Thunder, como si fueran la viva imagen de un cuento de hadas moderno.

Cuando regresaron a la carpa, Emma no dejó de reír mientras abrazaba a Sam.

— Eres imposible.

— Lo sé, pero ahora también soy tu esposo imposible. — Él sonrió, radiante, y añadió —: Solo quiero que cada momento contigo sea inolvidable.

Emma lo besó con ternura, sintiendo que, a pesar de las sorpresas, los caballos y las luces, lo que realmente hacía esa noche mágica era la certeza de que estaban juntos, listos para enfrentar cualquier cosa, incluso más espectáculos improvisados de Sam.

La noche de la boda seguía iluminada por las luces cálidas de la carpa y las risas de los invitados. Emma y Sam habían vuelto a la pista de baile, moviéndose al ritmo de una melodía suave, cuando Sam, de repente, se apartó con una sonrisa traviesa.

— Espera aquí, vaquera. Tengo algo más para ti — dijo, dejando a Emma intrigada mientras se dirigía a un rincón del salón donde Sharon esperaba con algo voluminoso.

Emma frunció el ceño, cruzándose de brazos con una sonrisa burlona.

— ¿Más sorpresas? Porque ya tenemos a Thunder pensando que es la estrella de la noche.

Sharon regresó junto a Sam, ayudándole a cargar una enorme caja decorada con papel blanco brillante y un lazo rojo. Los murmullos se extendieron entre los invitados mientras la pareja caminaba hacia Emma.

— ¿Qué es esto? — preguntó Emma, alzando una ceja, aunque la curiosidad brillaba en sus ojos.

— Es mi forma de asegurarme de que nunca te olvides de esta noche — respondió Sam, guiñándole un ojo mientras colocaba la caja frente a ella.

— Si hay otro caballo aquí, me voy — bromeó Emma, sacudiendo la cabeza mientras comenzaba a desatar el lazo.

— Casi tan bueno como un caballo — comentó Sharon, entre risas.

Cuando Emma levantó la tapa, lo primero que vio fue un sombrero blanco, brillante y perfectamente diseñado, con pequeños corazones rojos bordados alrededor del ala. Pero lo que realmente captó su atención fue el texto grabado en letras doradas en la cinta: **"Vaquera oficial de Sam Thorton".**

Los invitados estallaron en risas y aplausos mientras Emma levantaba el sombrero para examinarlo.

— ¿"Vaquera oficial"? ¿En serio? — preguntó, tratando de sonar seria aunque no podía evitar sonreír.

— Por supuesto. Eres mi única vaquera y quería que todo el mundo lo supiera. — Sam estaba visiblemente orgulloso de su elección.

— ¿Y los corazones? — Emma lo miró con una ceja alzada, aunque una risa amenazaba con escapársele.

— Detalles románticos. Pensé que serían un bonito toque porque así como se dice, la que lleva el sombrero se monta al vaquero. — Sam se encogió de hombros con una sonrisa de suficiencia.

— Oh, claro, porque nada dice romance como un sombrero que podría salir de un episodio de televisión de los años 90. — decía entre risas y rubores Emma.

Sharon, incapaz de contenerse, añadió:

— Emma, deberías probarlo. Es demasiado ridículo para no hacerlo.

Con un suspiro exagerado, Emma se colocó el sombrero mientras todos los invitados animaban. Cuando miró a Sam, inclinó la cabeza dramáticamente.

— Bueno, ¿cómo me veo?

Sam se acercó y la tomó de las manos.

— Como la mujer más hermosa del mundo. Aunque eso es un hecho, con o sin sombrero.

Los "awws" de los invitados se mezclaron con algunas risas cuando Emma se quitó el sombrero y lo golpeó suavemente contra el pecho de Sam.

— Deberías contratarte como guionista de películas cursis, Thorton.

—¿Qué puedo decir? Tú me inspiras.

Emma rió, y Sam la abrazó, susurrándole al oído:

— Además, no quería que olvidaras que eres mi vaquera favorita, incluso cuando no estemos en la pista de baile.

— Eres ridículo, pero creo que puedo soportarlo. — Ella sonrió, sosteniendo el sombrero como si fuera un tesoro.

Mientras los invitados continuaban riendo y charlando, Emma sabía que este momento, con su extraña mezcla de romance, humor y sombreros, era exactamente lo que hacía que su historia con Sam fuera tan especial: imperfecta, inesperada, y completamente suya.

Fin.